

SUPUESTOS BÁSICOS DEL PSICOANÁLISIS FREUDIANO

Teoría clásica de la pulsión. En ella lo decisivo es el concepto de energía psíquica (libido) y de conflicto (mecanismos de defensa). Uno de los elementos básicos del desarrollo libidinal es el complejo de Edipo.

Primera tópica del aparato psíquico

(Modelo topográfico – Topik I – años 1913-1915). El aparato psíquico está dividido en tres estratos o niveles: Consciente (cc) – Preconsciente (Prcc) – Inconsciente (Icc).

Los procesos psíquicos son esencialmente inconscientes y afectan a acciones, actitudes y modelos valorativos, tanto emocionales como cognitivos.

El dinamismo del inconsciente se manifiesta en los síntomas neuróticos, en las acciones fallidas, en los sueños y fantasías, en los actos compulsivos repetitivos y en rasgos del carácter que se sustraen al control del sujeto.

El aparato psíquico tiene modos de funcionamiento. Cada sistema tiene sus modos de funcionar a los cuales Freud denomina proceso primario y secundario:

Proceso primario (inconsciente): condensación y desplazamiento (Verdichtung und Verschiebung), atemporalidad, falta de lógica, acción impulsiva, principio del placer.

Proceso secundario (consciente y preconsciente): acciones lógicas y realistas, primado del principio de realidad (Realitätsprinzip).

Los síntomas psíquicos tienen su origen en conflictos inconscientes (Konfliktmodell) o en traumas psíquicos.

La metapsicología

En los años que precedieron inmediatamente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), el movimiento psicoanalítico pasó por graves crisis internas: Adler se separó en 1911, Stekel abandonó el grupo en 1913 y C. G. Jung en 1913. Esto motivó a Freud a hacer escribir una síntesis de sus doctrinas. Dio al conjunto el título de *metapsicología*, término homólogo a "metafísica", porque había de tratar de "la superestructura especulativa del psicoanálisis", hasta ahora centrado en casos clínicos y en los resultados terapéuticos. Se trataba de generalizar a todo ser humano lo descubierto hasta ahora en los

tratamientos terapéuticos y distinguir el psicoanálisis de la psicología clásica.

El enfoque metapsicológico consiste en la elaboración de modelos teóricos que no están directamente vinculados a una experiencia práctica o a una observación clínica. La *metapsicología* va a estudiar simultáneamente el *aparato psíquico* según tres coordenadas o puntos de vista: *tópico, dinámico y económico*.

El concepto de *metapsicología*, en este sentido estricto, aparece definido por primera vez de manera precisa en *Lo inconsciente*, trabajo que forma parte de una colección de escritos de 1915 (*Pulsiones y destinos de la pulsión, La represión y Lo inconsciente*) que se publicó bajo el título de *Trabajos sobre metapsicología*. A estos trabajos habría que añadir el importante artículo, *Introducción al narcisismo*, de 1914.

En estos trabajo, Freud describe como análisis "metapsicológico" una manera precisa de ver un proceso, mecanismo o fenómeno psíquico, considerando para su descripción la interacción de tres aspectos: Cuáles son las fuerzas en conflicto que intervienen en la dinámica de su aparición y desarrollo, qué fuerzas mueven los procesos psíquicos, sus conflictos y su posible equilibrio (*aspecto dinámico*); dónde acontece, es decir en qué sistema psíquico ocurre (*aspecto tópico*); cómo cambian las cargas energéticas o inversiones libidinales, qué ocurre a nivel de la distribución y equilibrio de energía pulsional: "el intento de seguir el destino de las cantidades de excitación y de conseguir una cierta estimación relativa de su magnitud" (*aspecto económico*). Estos tres primeros puntos de vista fueron los que principalmente empleó Freud. Posteriormente otros dos puntos de vista experimentaron un gran desarrollo: el que tiene presente la sucesiva maduración de la psique y la persistencia de etapas primeras dentro de las más evolucionadas (*punto de vista genético*); el que considera al individuo dentro del campo psicosocial, obligado a adaptarse y reaccionando frente a esta necesidad de adaptación (*punto de vista de la adaptación*).

El ensayo más lúcido y audaz de los que agrupa la *metapsicología* es el dedicado al estudio de la *aflicción* y la *melancolía*, estados afectivos paralelos motivados por la *pérdida* de algo muy querido.

Segunda tópica del aparato psíquico – Modelo estructural

(Topik II – Strukturmodell / Instanzenmodell: *Das Ich und das Es*, 1923)

El aparato psíquico está dividido en tres instancias: el *Ello*, el *Yo* y el *Superyó*, que comparten funciones y no se encuentran separadas físicamente. Gran parte de los contenidos y mecanismos psíquicos que operan en cada una de estas entidades son inconscientes. Entre las instancias puede haber conflictos.

El **Ello** tiene carácter pulsional, es inconsciente y su prioridad son las necesidades y los deseos elementales. Está en conflicto con el yo y el superyó. Esta instancia rige por el principio del placer o de la satisfacción, mientras que las demás instancias, que tampoco son capaces de anularlo, se limitan a modificarlo. El Yo no tiene contacto directo con el mundo exterior y nos sería incognoscible si no fuera por la mediación del yo.

El **Yo** es la instancia mediadora entre las otras dos: intenta conciliar las exigencias normativas y punitivas del superyó, así como las demandas de la realidad con los intereses del ello por satisfacer deseos inconscientes. Desarrolla mecanismos que permitan la obtención del mayor placer posible, pero dentro de los límites que la realidad imponga, para ello empleará las defensas. Gran parte del contenido del Yo es inconsciente. Se rige por el principio de realidad

El **Superyó** es la instancia moral, enjuiciadora de la actividad del Yo. Según Freud, el Superyó es una instancia que no está presente desde el principio de la vida del sujeto, sino que surge a consecuencia de la internalización de la figura del padre como un resultado de la resolución del complejo de Edipo y de las normas, reglas y prohibiciones parentales. Es la parte que contrarresta al Ello, representa los pensamientos morales y éticos recibidos de la cultura. Consta de dos subsistemas: la «conciencia moral» y «el ideal del yo». La «conciencia moral» se refiere a la capacidad para la autoevaluación, la crítica y el reproche.

El **Ideal del yo** es una autoimagen ideal que consta de conductas aprobadas y recompensadas. El Superyó es, en parte, inconsciente. Es censor de la conducta del Yo, el juez y provoca sentimientos de culpabilidad o de inferioridad.

Freud usa el término «ideal del yo» en su segunda tópica como la instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus sustitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse. Algunas veces usado como sinónimo de Superyó, pero con mayor frecuencia se hace la distinción de que la conducta que está en conflicto con el Superyó provoca culpa, mientras que la que está en conflicto con el «ideal del yo» provoca vergüenza. Aunque la vergüenza deriva también de la emergencia de los impulsos anales.

Entre el *Ello*, el *Yo* y el *Superyó* se va a crear un pequeño drama, cuyo desenlace decidirá sobre el curso de la vida de la persona, su salud mental o su neurosis. No es posible ofrecer una distinción tajante entre las instancias porque unas proceden de otras.

TEORÍA PULSIONAL DE FREUD – TRIEBTHEORIE

El ser humano está determinado por necesidades biológicas fundamentales. Las pulsiones son entidades biológicas hipotéticas, ya que no se pueden probar desde el punto de vista de las ciencias naturales. Mientras la pulsión es una noción dinámica, en la que influye la propia experiencia del sujeto y su historia ontogenética, el instinto sería un concepto más estático y congénito, heredado genéticamente.

Mientras que el instinto posee objetos precisos e inamovibles para su satisfacción, las pulsiones carecen de objetos fijos, predeterminados. El instinto es típico de los animales no racionales.

Las pulsiones son fuerzas derivadas de las tensiones somáticas en el ser humano, y las necesidades del Ello. Las pulsiones se ubican entre el nivel somático y el nivel psíquico.

El origen de las pulsiones es somático, pero tienen representación psíquica: deseos, necesidades, afectos. La pulsión es la energía psíquica profunda que dirige la acción hacia un fin, descargándose al conseguirlo.

La teoría psicoanalítica "clásica" ha insistido siempre en el carácter libidinal de las pulsiones. La *libido* ('deseo', 'pulsión') es una fuerza o energía psíquica que está vinculada a las pulsiones y a su carácter eminentemente sexual como meta primaria.

Movilizan la reacción del Yo y del Superyó. Su objetivo es la satisfacción del placer y la supresión de la tensión. Necesitan investir libidinalmente objetos: la propia persona u otra.

La teoría de las pulsiones en Freud fue siempre dualista, así en la primera teoría pulsional: Pulsiones sexuales – Pulsiones del yo o de autoconservación.

Y en la segunda teoría, dualismo introducido en *Más allá del principio del placer* (1920), que modifica la función y la situación de las pulsiones en el conflicto: Pulsiones de vida – Pulsiones de muerte.

FASES DEL DESARROLLO PULSIONAL

Los estadios o fases pulsionales son uno de los factores genéticos de las pulsiones. Las pulsiones pasan por diversas etapas según va madurando el sistema nervioso de cada individuo. En cada etapa se produce un desarrollo neurológico específico en áreas que formarán partes focales del conjunto de las llamadas zonas erógenas.

Fase oral: ocurre entre el nacimiento y los 18 meses; la zona erógena casi exclusiva es la boca (el neonato recién comienza a "centrar" su psiquismo en un objetivo: nutrirse.⁵

Fase anal: entre los 18 y los 36 meses. Debido al desarrollo del control de los esfínteres anales, el o la infante experimenta sensaciones placenteras al poder tener un cierto primer control de su cuerpo, el de poder retener o expulsar los excrementos.⁶

Fase fálica (o uretral): ocurre entre los 3 a 6 años, el niño o la niña pueden en esta etapa controlar sus esfínteres uretrales y será un esbozo anticipatorio de la fase genital. Freud nota que en la fase fálica se da la constitución definitiva (aunque no su terminación, ya que el complejo de Edipo existe activamente durante toda la vida del sujeto) del complejo de Edipo de cada sujeto.

Complejo de castración y superación del complejo de Edipo: en este momento se puede producir una quiebra. Por esto es un momento crucial en la evolución del aparato psíquico. Pero esta no es una fase o un período, sino un proceso mediante el cual se produce una reorganización de las experiencias y de la posición subjetiva. Esta reorganización es fundamental para la organización de las pulsiones.

Período de latencia: entre los 6 años y la pubertad existe una fuerte sublimación espontánea de los sentimientos libidinales, el período de latencia (por razones evolutivas existe para facilitar una integración cultural del sujeto).

Fase genital: Desde la pubertad en adelante, cuando se encuentra ya configurado el complejo de Edipo; en esta fase se desarrollan y devienen en cada sujeto los intereses sexuales ya determinados ("inclinaciones sexuales", etc.).

Según algunos autores, sería muy necesario que las fases sucesivas (que se conocen con los nombres de estadio oral, sádico-anal y edipiano) fueran formuladas en términos menos especializados. Estas expresiones, medio somáticas, medio míticas, que, sin disputa, recubren realidades poderosas y mecanismos de extremada importancia, deberían traducirse en una lengua más asequible a los científicos y a los biólogos.

LA "REALIDAD PSÍQUICA"

Poco después de 1900, Freud comprobó con gran sorpresa que, la mayoría de las historias de seducción y violación en la niñez, que los pacientes relataban y qué, antes de esta fecha, había considerado fundamental para la génesis de la histeria y de las neurosis obsesivas, no eran hechos ocurridos realmente, sino fantasías con las que los pacientes intentaban defenderse contra el recuerdo de actividades sexuales cometidas por el propio individuo en su infancia. Este descubrimiento le sumió en una crisis, pero no abandonó sus investigaciones, sino que compensó su error estableciendo el concepto de *realidad psíquica*. Comprendió que la seducción no había tenido lugar en la realidad *real* sino tan solo en la fantasía, pero esta fantasía tenía tal fuerza que era *lo mismo que si hubiese sido real*.

La conciencia resuelve las dudas que puedan surgir entre lo real y lo ficticio apelando a la percepción, pero el inconsciente no puede recurrir a esta referencia al mundo exterior; la *realidad psíquica* en el inconsciente es la consistencia de la imagen o *fantasma*, suficientemente resistente y enérgico para producir efectos en él, como si fuera una entidad autónoma. En el enfermo prevalece la *realidad psíquica* de las imágenes cargadas de fuertes afectos, respecto de lo que el común de los individuos sanos llamamos la verdadera realidad de las cosas físicas. Es más potente una alucinación que una percepción, una obsesión irracional que una acción justificada. "En el inconsciente no existe un *signo de realidad*, de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente cargada". El inconsciente no se rige por el principio de identidad ni por el de contradicción.

Esto le llevó a modificar completamente su teoría de las neurosis y a pensar que los factores más importantes de los trastornos neuróticos se apoyaban en perturbaciones de los procesos sexuales orgánicos. En 1905 publica *Tres ensayos sobre teoría sexual* donde postula la existencia de una sexualidad infantil perversa polimorfa ya que se halla sometida al juego de las pulsiones parciales, íntimamente ligada a la diversidad de las zonas erógenas y se desarrolla antes de establecerse las funciones genitales propiamente dichas. Freud argumenta que la perversión está presente incluso entre las personas sanas, y que el camino hacia una actitud sexual madura y normal comenzaba no en la pubertad sino en la temprana infancia. Freud también procuró unir su teoría del inconsciente, propuesta en *La interpretación de los sueños* (1899), y su trabajo sobre la histeria postulando la sexualidad como la fuerza pulsional tanto en la neurosis (por medio de la represión) como en la perversión (por medio de la operatoria de la desmentida de la castración). Esta tesis que causó una intensa polémica en la sociedad puritana de la Viena de principios del siglo XX y por la cual fue acusado de pansexualista.

LA VUELTA DE LO RECHAZADO

Hay una regla de oro en el psicoanálisis: *Lo rechazado reaparece más tarde o más temprano* (Wiederkehr des Verdrängten). Lo excluido vuelve por sus fueros en forma de discordancias, que remiten en forma crítica a los supuestos de los que se ha partido. La exclusión se hace imprescindible y necesaria, en un principio, para profundizar en la idea básica. Pero una vez desarrollada esta idea, las referencias ocultas que han sido excluidas y consideradas accesorias salen a flote y se van revelando como lo más importante. Es la segunda regla de oro de la teoría psicoanalítica: *Lo que en un principio se creyó accesorio o sin importancia resulta ser lo fundamental*. Lo que ha sido desplazado a la periferia por ser de escasa trascendencia acaba revelándose como la pieza fundamental de todo el sistema.

Como dice el refrán alemán, *der Teufel steckt im Detail*, el demonio está en los detalles, es decir, por un clavo se pierde la herradura.

La famosa frase de Baruch Spinoza (1632-1677) "Omni determinatio est negatio" (toda determinación es negación) le convierte en precursor de la dialéctica hegeliana.

"Haec ergo determinatio ad rem juxta suum esse non pertinet: sed econtra est ejus non esse. Quia ergo figura non aliud, quam determinatio, et determinatio negatio est; non poterit aliud quid, quam negatio, esse" (Carta de Spinoza a Jarig Jelles, del 2 de junio de 1674).

A finales del siglo XVIII, Hegel parte de la declaración de Spinoza para construir su teoría dialéctica, articulado sobre la negación y la negación de la negación.

Sigmund Freud, en *Die Verneinung* (1925), define así la negación como una "forma de percatación de lo reprimido": la verdad buscada. "El contenido de una imagen o pensamiento reprimido puede, pues abrirse paso, hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados". Esto "no implica aceptación de lo reprimido, que su contenido de representación no logre acceso a la conciencia".

«Con la ayuda de la negación, solo se invierte una consecuencia del proceso de represión, de modo que el contenido no se vuelve consciente. El resultado es una especie de aceptación intelectual de lo reprimido en la que los elementos esenciales de lo reprimido continúan existiendo.»

El problema de toda conceptualización está en reducir la complejidad sin perder la referencia a esta complejidad. Evitar toda simplificación que anule la complejidad. Nuestras cegueras o escotomas mentales nos proporcionan agudeza y perspicacia para la crítica, las sombras nos ayudan a destacar lo que creemos ver.

MODELO PULSIONAL DE SIGMUND FREUD

En 1950, se publicaron en Londres una serie de manuscritos póstumos de Freud, redactados en 1895, entre los que aparece un *Proyecto de psicología* (*Entwurf einer Psychologie*). Este *proyecto* ambicionaba desarrollar una psicología donde se procurara una "economía de la energía nerviosa" y se pudiera extraer de la psicopatología lo que sirva para esclarecer los procesos normales. Freud concibe un "aparato psíquico" en el que postula la circulación de una energía psíquica a lo largo de circuitos y partículas materiales (que denomina neuronas) regida por la tendencia a la disminución de su cantidad. La función del aparato es la de mermar el volumen de excitación presente en él. Al inicio del *Proyecto* figura una primera oposición entre proceso primario y proceso secundario donde el primero es vinculado a un movimiento reflejo. En el otro proceso la procedencia de la excitación es interna y provoca la necesidad de una "acción específica" para la cual el sistema requiere un acopio de energía.

Freud pretendía que su psicología o teoría psicoanalítica acabase por ser *una Biología*. Siempre creyó que sus construcciones teóricas (metapsicología, aparato psíquico formado por Yo, Ello y Super-Yo) no tenían más que un

valor provisional hasta que fueran confirmadas o corregidas por los avances en neurología y biología genética.

Mientras tanto, Freud observaba que las reminiscencias que perturbaban a los pacientes eran de naturaleza sexual y que había otras neurosis, que llamó de defensa (*Abwehrneurosen*) que estaban motivadas por traumatismos reprimidos. El impulso sexual es equiparado al hambre y supone la existencia de una fuerza impulsora que provoca una tensión que busca ser satisfecha. A esta "tensión" Freud le dio el nombre de *Trieb* o pulsión, impulso, resorte instintivo.

La palabra alemana *Trieb* es la substantivación del verbo alemán *treiben* ('impulsar', 'propulsar', 'apremiar') y tiene el significado de 'brote', 'afloración', 'expresión', 'ganas', 'rumbo', 'fluctuación', 'constricción', 'puesta en movimiento', 'impulso'. Su raíz es la misma que la de la palabra española *deriva* ('evolución que se produce en una determinada dirección') y que la inglesa *drive*.

«La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad.» (S. Freud: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" (1933), en *Obras completas Sigmund Freud*, Volumen XXII (1932-36), Buenos Aires, 1986, p. 88].

Freud denomina pulsión o *Trieb* a la "energía psíquica profunda que orienta el comportamiento hacia un fin y se descarga al conseguirlo". Esta energía que opera en la dialéctica interna de la psique Freud la llama *libido*, término acuñado por A. Moll en 1898. La energía libidinal está vinculada a las pulsiones y a su carácter eminentemente sexual como meta primaria (Freud) o a una energía mental indeterminada que mueve el desarrollo personal general de un individuo (Jung). Para Freud, la *libido* tiene origen somático y es reconducida al yo desde numerosas partes del cuerpo. La *libido* es susceptible de aumento, de disminución, de desplazamiento y de descarga que se extiende por las huellas mnémicas de las representaciones como la carta eléctrica sobre la superficie de un cuerpo.

«Libido: Energía postulada por Freud como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto (desplazamiento de las catexis), en cuanto al fin (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas). En Jung, el concepto «libido» se amplía hasta designar la «energía psíquica» en general presente en todo lo que es "tendencia a", *appetitus*.» [Laplanche / Pontalis: *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1995, p. 210]

Freud maneja un modelo "hidráulico" (presión, flujo, descarga) para explicar los movimientos de la libido y sus diversas colocaciones entre el yo y el objeto: la libido que sale de uno pasa al otro y viceversa.

Carl Gustav Jung (1875-1961) fue colaborador de Freud en sus comienzos, pero pronto se separó del fundador del psicoanálisis ante las discrepancias

conceptuales centradas fundamentalmente en las teorías de la libido, el incesto, la energía psíquica y la naturaleza del inconsciente. Jung no se centra en el diagnóstico de los síntomas, sino que intenta amplificar el psicoanálisis con el estudio de la simbología y las diversas manifestaciones culturales de diferentes pueblos. Con ello busca probar la presencia universal de un fenómeno anímico. Esto le llevó a incorporar en su metodología nociones procedentes de la antropología, la alquimia, la interpretación de los sueños, el arte, la mitología, la religión y la filosofía.

El concepto de *libido* o energía sexual constituye el punto más conocido y tal vez más discutido de la teoría freudiana. La traducción de la voz latina *libido* es: deseo, inclinación, voluntad, ansia, apetito o pasión. Pero en psicoanálisis el término se emplea vinculado exclusivamente con placer y deseo sexual. A. Moll había acuñado este término en 1898 para señalar la expresión dinámica de la sexualidad. En este sentido, la *libido* debe entenderse como intensidad de la energía dinámica del instinto sexual, su elemento cuantitativo. En 1938, Freud ratificó que la *libido* es toda la energía disponible en el Eros: La *libido* se encuentra en el Yo-Ello, aún indiferenciado, sirviendo para neutralizar las tendencias destructivas que existen simultáneamente. Freud advirtió que carecemos de un término para designar la energía de los impulsos de destrucción. Pero deja claro que la *libido* carece de sexo, que hay una sola *libido* que está al servicio tanto de la función sexual masculina como de la femenina.

La pulsión (Trieb) es el "representante psíquico" de un estímulo o impulso psíquico que tiene su fuente en el interior del cuerpo (es un estado de tensión percibida como corporal) y que se dirige a un único fin preciso: suprimir o calmar ese estado de tensión. Para lograr este fin, la pulsión se sirve de un objeto, el que sin embargo no es uno preciso, ni está predeterminado.

Freud introdujo el neologismo *catexia* (cathesis / *Libidobesetzung*) o *investimento libidinal* para denominar la cantidad de energía incorporada a cualquier representación de un objeto o estructura mental. Es como una carga eléctrica que puede desplegarse de una posición a otra. Las expresiones en las que se emplee este neologismo pueden reformularse en términos de "interés", "significado", "realidad".

Durante el desarrollo del individuo (ontogenia), las pulsiones parciales van madurando poco a poco y quedando condicionadas a un objeto. Funcionan con relativa independencia durante algún tiempo hasta que son integradas en unidades más amplias, que a su vez se mantienen autónomas, pero, tras una ulterior maduración pasan a integrarse en unidades de nivel más elevado.

Esta independencia de las pulsiones parciales del ser humano durante su desarrollo ontogenético las describe la teoría psicoanalítica clásica como *fases del desarrollo*: fase oral-receptiva, fase oral-canibalística u oral-sádica, fase anal-sadista, fase fálica y fase genital. Cuando el sujeto, por vicisitudes traumáticas o dificultades para superar una fase, queda "fijado" a una de

estas fases, en lugar de fundirse armónicamente las pulsiones parciales en una unidad superior, queda en la estructura psíquica un punto vulnerable que puede provocar una conducta "neurótica". Esta fijación a una fase del desarrollo de la personalidad lleva asociada la fijación a un objeto infantil, por lo común a la persona tutelar (la madre), aunque también puede serlo a la persona del padre o de otra persona que haya ejercido la función tutelar. Esta fijación absorbe gran cantidad de la energía psíquica y determina los actos del sujeto. Esta fijación no es percibida siempre por el sujeto y es solo perceptible tras un análisis que ponga al descubierto los elementos mal articulados en la formación de la personalidad.

En el desarrollo libidinal la primacía de una zona erógena (que produce placer o es sensible a él) cede su lugar a otra en un nivel superior. Pero esto no significa que toda la satisfacción ha de lograrse enteramente en la última etapa, pues siempre queda una cantidad de *libido* o energía psíquica en las zonas anteriores que posibilita algunas satisfacciones de tipo pre-genital, aun en los sujetos más normales. El mismo Freud ya había señalado que estas fases de desarrollo no están escalonadas rígidamente, sino que se imbrican y entremezclan.

Si bien se postula como el ideal de la normalidad el que todas las pulsiones parciales (de cada una de las fases del desarrollo libidinal) confluyan en la fase final, en la genitalización, siempre habrá tendencias "regresivas" a fases pregenitales cuando apremian los conflictos. Es como un río con varios afluentes: siempre se puede viajar de la desembocadura del río a cada uno de sus afluentes.

Una frustración o un conflicto en una determinada fase puede provocar la vuelta a una fase de desarrollo ya superada, pero de la que se tiene grato recuerdo. El movimiento libidinoso en dirección opuesta a la fase del desarrollo ya superada ("no hay amor como el primero", "siempre se regresa al primer amor") recibe el nombre de *regresión*. La regresión puede ayudar a superar una situación adversa.

En *La interpretación de los sueños* (1900), Freud esboza su primera concepción sobre el *aparato psíquico*, denominada "primera tópica" (modelo topográfico). Este modelo veía el aparato psíquico constituido por tres sistemas: el consciente, el preconscious y el inconsciente. Lo inconsciente es una gran cámara en la que se acumulan todas las tendencias e impulsos psíquicos. Esta cámara da a un salón, la conciencia, pero entre la cámara y el salón hay un centinela, una guardia, la censura. Las tendencias rechazadas por la censura son reprimidas y reenviadas a la cámara inconsciente. Hay otras tendencias que la censura ha dejado pasar sin hacerse completamente conscientes. Estas son enviadas al tercer salón, el preconscious. Entre el preconscious y el consciente hay una segunda censura. Esta segunda censura debilita la afectividad de las impresiones pasadas y suprime ciertos recuerdos.

Pero Freud no había explicado de dónde emanan las directivas que hacen que un fenómeno sea o no inconscientes. En su obra *El Yo y el Ello* (1923)

expone su «modelo estructural del aparato psíquico» (*Strukturmodell der Psyche*) y su función. La vida psíquica en su conjunto se define por las relaciones entre tres entidades o instancias diferenciadas: el Ello, el Yo y el Superyó.

Es este modelo estructural, conocido como la "segunda tópica freudiana" el que dominará a partir de esta obra, independientemente de las críticas o divergencias entre las diversas escuelas, el desarrollo ulterior de la teoría: Toda la obra psicoanalítica posterior llevará la inconfundible impronta de esta división topográfica: el Ello, el Yo y el Superyó.

En 1938, Freud ratificó su concepto de *libido*. La libido es toda la energía disponible en el Eros y se encuentra en el Yo-Ello, aún indiferenciado. Sirve para neutralizar las tendencias destructivas. Finalmente afirmó que la libido carece de sexo. Hay una sola libido que está siempre al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina (*Nuevas aportaciones al Psicoanálisis*, O.C., t. XVII, p. 154).

Cada una de las pulsiones parciales tiende a la obtención del placer orgánico, de modo que por "sexual" debe entenderse todo lo que tenga como meta el placer. Gran parte de la crítica que se ha hecho al psicoanálisis se debe a la mala interpretación del término "sexual".

Para Freud todo lo genital es sexual, pero no todo lo sexual es genital, ya que el término "sexual" denota también funciones que no son genitales, como el placer de comer. "La sexualidad está divorciada de su conexión demasiado estrecha con los genitales y la considera una función del cuerpo más amplia cuya meta final es el placer y solo sirve secundariamente para fines de reproducción" (S. Freud).

Las pulsiones son fuerzas derivadas de las tensiones somáticas en el ser humano. Las pulsiones se ubican entre el nivel somático y el nivel psíquico. Así como las pulsiones carecen de objetos predeterminados y definitivos, también tienen diferentes fuentes y por ello formas de manifestación, entre ellas: Pulsión de vida o Eros, pulsión de muerte o Tánatos, pulsiones sexuales, pulsión de saber, etc.

FASE SIMBIÓTICA DEL DESARROLLO DEL NIÑO

Sigmund Freud no se ocupó poco de las relaciones perinatales de madre la madre con el niño. Freud no se ocupó prácticamente nunca de las relaciones de los padres con los niños (siempre de las relaciones de los niños con los padres). Las primeras teorías psicoanalíticas, condicionadas por las influencias sociales de la época, centran su interés en la importancia del papel del hombre dentro de los procesos de construcción de vínculos en el interior de la familia y en el desarrollo psíquico de los niños.

En sus primeros trabajos, Freud sostiene que la constitución del psiquismo empieza a partir la etapa edipal (complejo de Edipo) en la que es el padre el que ocupa el papel principal en la dinámica familiar. Melanie Klein y la escuela inglesa de psicoanálisis (Donald Winnicott, etc.) centraron sus

investigaciones en el desarrollo del psiquismo desde muy temprana edad, concediendo a la etapa pre-edípica y pregenital una importancia central y en la que la madre y su vínculo con el bebé ocupan el lugar central en el desarrollo psíquico del niño.

En 1915, en la tercera edición de *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* ("Tres ensayos sobre la teoría sexual" – primera edición 1905), Freud introdujo una primera organización oral de la libido que coincide con el narcisismo primario introducido ese mismo año (yo-placer).

FASE ORAL DEL DESARROLLO LIBIDINAL

Desde el nacimiento hasta los 12 o 18 meses.

En la fase oral el mundo exterior es un espacio con un amplio horizonte que invita a "comerse el mundo".

La etapa o fase oral es la primera etapa tanto del desarrollo libidinal como del desarrollo del yo en la que la boca es la principal fuente de placer y, por tanto, se convierte en el centro de la experiencia.

En la fase oral la satisfacción placentera se centra en dos zonas erógenas: las mucosas bucales y la piel. Es el primer placer suscitado por la satisfacción de las necesidades alimentarias.

La dependencia de la madre para satisfacer estas necesidades va también unida a la insatisfacción. Poco a poco el niño va percibiendo esta fuente de satisfacción como un "objeto" distinto a él. La percepción de dependencia acentúa la necesidad de asegurarse el "objeto" del que depende su subsistencia, apoderándose de él. Al lado de la apetencia por el pecho materno surge el deseo de "incorporarlo", de devorarlo para poder retenerlo. Una excesiva privación oral puede causar depresiones tempranas o incluso angustia persecutoria.

Fue el psiquiatra y psicoanalista alemán Karl Abraham (1877–1925) quien propuso a Freud la denominación de fase *oral-canibalista* como subfase oral. Abraham aducía el hecho de que en las culturas primitivas al "incorporación" del enemigo o de la víctima propiciatoria se consideraba como el mejor modo de fortalecer el grupo. Según Karl Abraham la etapa oral puede dividirse en dos subetapas: la de succión oral y la mordiente oral. Existe una fase oral-sádica en el desarrollo libidinal infantil que sigue a la dentición.

Mediante la *introyección* del objeto del que depende, el individuo se independiza y se libera del sentimiento de dependencia y del temor a la pérdida del mismo. En el proceso de introyección, la "libido del objeto" se desplaza para convertirse en "libido del sujeto". Este desplazamiento se denomina *investimento libidinal* (Libidobesetzung).

En esta fase nace también la *ambivalencia* o la coexistencia de impulsos y emociones contradictorias hacia el mismo objeto. El término *ambivalencia* fue creado en 1911 por Eugen Bleuler (1857-1939) para significar que una cosa es sentida, pensada y anhelada positiva y negativamente a la vez. Por

ejemplo, el deseo de amar acompañado del deseo de ser amado. En la segunda fase oral, la ambivalencia se manifestaría en el deseo de devorar el objeto, junto con el deseo de ser devorado por este.

La "relación objetal" de la fase oral se caracteriza por la coexistencia en el mismo individuo de dos tendencias contrapuestas: el deseo de incorporar el pecho materno y la tendencia a destruirlo. La posición extrema es el llamado *sadismo oral*. La ambivalencia no se debe confundir con una mezcla de sentimientos con respecto a otra persona, sentimientos basados en una percepción realista de la naturaleza imperfecta del objeto. La ambivalencia aparece también en las fases posteriores a la oral. La antropofagia significa el deseo de aniquilar completamente al enemigo, y la ambición de asimilar la fuerza y las cualidades de la víctima. El deseo de devorar representa el anhelo de una conexión más íntima, de tener el objeto enteramente para sí. El objeto devorado sigue teniendo existencia en la persona que lo ha introyectado.

La ambivalencia es la aparición de dos actitudes en oposición recíproca, una como expresión de amor y otra de agresión, que pueden llegar a la satisfacción placentera simultánea con respecto al mismo objeto. Esta ambivalencia se presenta más marcada durante la fase oral canibalística, manteniéndose hasta la fase anal secundaria.

El deseo de poseer el objeto del placer, *libido de objeto*, puede transformarse en el deseo de ser como el objeto del que depende el placer, esto constituye el núcleo de llamado *ideal del yo* (Ichideal):

«Instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse.» [S. Freud]

El concepto del *Ichideal* designa el establecimiento de una suerte de figura referencial para el yo. Para que pueda instalarse en el aparato psíquico este ideal, es una exigencia que ya se haya superado la fase inicial del narcisismo primario, en la que, según Freud, el niño todavía es "él mismo su propio ideal". Por eso, el ideal del yo solo puede surgir una vez que se ha renunciado a la idea omnipotente y megalómana infantil. Es esta renuncia la que permitiría pensar en un «otro» como ideal.

El Yo se pone en lugar del objeto como sustituto del inalcanzable objeto, convirtiéndose en algo tan estimable y valioso como el objeto primitivo. Este ser como el otro o querer ser como es el otro tiene dos aspectos: Se puede tomar al otro como modelo que admirar y amar, o se puede sustituir al otro eliminándolo, matándolo. Es el momento de la *envidia*, que aparece como fuerza de gran trascendencia en la vida infantil y en la de la sociedad más tarde. La *fuerza de la envidia* ha sido puesta de manifiesto por Melanie Klein. Lo que más envidia provoca es la *capacidad creadora* y la *serenidad* o el sosiego de la otra persona, porque ponen de manifiesto la propia insuficiencia, la incapacidad para crear y para solucionar los propios conflictos interiores.

El llamado "carácter oral" es el que despliegan las personas con fijaciones en esta etapa. Los rasgos orales típicos son el optimismo y el pesimismo, la generosidad, la cavilación, la depresión, la charlatanería, la codicia y la tendencia a creer en lo que se desea. Las personas que han quedado fijadas en el nivel oral tienden a sentir la boca como principal zona erógena, están propensas a cambios maníacos y depresivos en el humor y tienden a identificarse con otros antes que a relacionarse con ellos como otros.

Una amplia satisfacción oral lleva a un optimismo y un sentimiento de seguridad; en cambio, privaciones orales intensas llevan al pesimismo (depresión) o a sádicas exigencias compensatorias: "Me lo vas a dar por las buenas o por las malas".

A veces las tendencias sádico-orales tienen un matiz vampiresco en personas que ruegan, solicitan y exigen una y otra vez y que no renuncian al objeto deseado. O en la típica persona charlatana, latosa y pesada. Otras manifestaciones de la "oralidad" son la verborrea, incoherencia y precipitación al hablar, o su contraria, el mutismo. Formas sublimadas de oralidad son el afán de saber, el hambre de ciencia, el devorar un libro, la canción, la declamación y la oratoria, entre otras.

«Gustavo Bally objeta, dentro de su innegable ortodoxia: Freud evita, al hablar de la oralidad infantil, mencionar a la madre; solo habla del "cálido flujo lácteo" y del "pecho". Para eludir todo lo que concierne al cálido contacto comunicativo acuña para el partícipe la expresión "objeto extraño".

Los dos grandes impulsos: hambre y sexualidad, actúan fundidos en los primeros años, no separados y el último no tiene conciencia aún de servir a la reproducción de la especie, sino simplemente se admite que sirve para *proporcionar placer*. De esta manera se reduce la relación interhumana de pulsión, estímulo y satisfacción instintiva y la riqueza y plenitud de influencias que brotan de la madre hacia el niño a un pecho que da "satisfacción". Freud intenta, por consiguiente, *reducir* toda esta inmensa complejidad a la concepción *entonces* dominante en la fisiología: *estímulo y reflejo*, concepción hoy plenamente superada.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 108]

Para calificar de sexual a las sensaciones orales, Freud se basó, por un lado, en su teoría psicosexual y, por el otro, en la observación de los niños que después de chuparse los dedos (sin mamar) o de mamar, se duermen satisfechos, con una expresión similar a la del hombre después del coito.

Investigaciones posteriores han demostrado que el niño, al nacer, presenta muy desarrollada la zona de la corteza cerebral relacionada con la boca. Esta singularidad tiene una razón de ser. En los primeros meses de vida, la boca es el principal órgano mediante el cual el ser entra en contacto con el mundo circundante. La boca sirve más como medio de conocimiento que como fuente de placer erótico. El niño todo lo que ve y le llama la atención lo coge y se lo lleva a la boca para "saborearlo". Las palabras "saber" y "sabor" tienen la misma raíz latina: "sapere" (tener inteligencia, tener buen

gusto, tener conocimiento de algo). Las palabras sabio, sabedor, sabiduría, al igual que sabor, sabroso y saborear también provienen de "sapere".

FASE ANAL-SÁDICA DEL DESARROLLO LIBIDINAL

Desde los 12-18 meses hasta los 3 años.

En la fase anal el horizonte se estrecha, se reduce la superficie del mundo y se convierte en un cuadrilátero cerrado con límites fijos, un mundo cuadrículado.

La fase anal representa el primer intento del niño por convertir una actividad involuntaria en voluntaria. Los niños pueden experimentar dolor o placer ya sea al retener o al expulsar sus desechos fisiológicos. Debemos separar aquí el placer orgánico de defecar, aliviando una necesidad corporal, del placer sexual consistente en retener las heces y los gases para después expulsarlos bruscamente.

La fase o etapa anal es la etapa en el desarrollo libidinal en la que el ano y la defecación son la fuente principal del placer sensual y forman el centro de la autoconciencia del bebé y del desarrollo del yo infantil. En esta fase, el dominio del cuerpo, en especial de sus esfínteres, y la socialización son los principales retos del niño. Las zonas erógenas son ahora las mucosas del final del intestino, reteniendo las heces, y la actividad muscular. La relación de objeto continúa orientada en sentido *narcisista*. Se apetece el objeto en tanto proporciona satisfacción placentera. La *ambivalencia* de la fase oral se acentúa en esta fase. Predominan los impulsos destructores sobre los libidinales.

En la fase anal, el contenido intestinal representa el prototipo del "objeto" de referencia de la pulsión. Las pulsiones libidinales tratan de poseer el objeto reteniendo las heces. Por otra parte, las fuerzas destructoras intentan eliminarlo.

La defecación proporciona una satisfacción autoerótica, por una parte, pero, por otra, tiene el carácter de un "objeto malo" que hay que eliminar. El contenido intestinal adopta así el aspecto de placer, por un lado, y desagrado, por otro. El contenido intestinal, como "objeto exterior", se presenta con marcada ambivalencia. Los desengaños y frustraciones con la madre o con la persona tutelar pueden provocar la búsqueda de un apoyo vicariante en la actividad autoerótica anal.

Con el desarrollo de la actividad muscular, los impulsos libidinales intentan apoderarse del objeto exterior, *dominarlo*. Este impulso de apropiación puede ir acompañado de intensas *fuerzas destructivas*. La asociación de impulsos de dominio y de placer destructor constituye el *sadismo* o "placer de hacer sufrir". Cuando estos impulsos se dirigen a la propia persona, el "placer de sufrir" se denomina *masoquismo*. Freud habla de "mezcolanza de pulsiones" en la fase anal-sádica.

Karl Abraham (1877-1925) distingue en la fase anal dos grados: el temprano, en el que predominan las pulsiones *eliminatorias* del objeto,

destructoras del mismo y en la que el niño se complace en la expulsión del "objeto malo"; y el tardío, en el que prevalecen las tendencias de *retención* y dominio del objeto. En una fase intermedia presenta un equilibrio entre las fuerzas de retención y las de expulsión. Cuando las relaciones externas son satisfactorias, el niño retiene las heces como una propiedad preciosa y empieza a jugar con ellas. O bien, convierte el contenido intestinal en "regalo" que brinda a la madre o que "sacrifica" para conseguir el cariño de la madre. Se ha observado casos en los que el niño defeca en un orinal o bacinilla y luego se lo lleva a la madre para que esta muestre su satisfacción.

La división de la fase anal en estas dos fases tiene importancia para comprender la *neurosis obsesiva*, la *melancolía* y el denominado por Freud "carácter anal".

Si la "fijación" anal tiene lugar en la fase tardía, puede provocar la neurosis obsesiva. El "objeto", investido o cargado de libido, está amenazada, pero se mantiene, se conserva. Esto hace de la neurosis obsesiva una "neurosis de transferencia" y, por tanto, continúa siendo accesible a la terapéutica psicoanalítica. Las "dudas obsesivas expresan la ambivalencia entre la libido y el impulso destructor, entre Eros y Destruído. El yo duda entre codiciar el objeto o destruirlo.

En el caso de una fijación patológica en una fase temprana de la etapa anal, lo que domina es el "impulso destructor", el yo renuncia a investir energía libidinal en el "objeto". El yo des-espera y la vida carece de sentido. Los impulsos destructores predominan. Es el estado de *melancolía*, en el que el yo trata de salvarse *introyectando el objeto*, es decir, *regresando a la primitiva organización oral* para protegerse de la angustia y el desamparo. Pero los impulsos destructores, que antes se dirigían a objetos exteriores, se vuelven ahora contra el objeto introyectado (el *introyecto*), atacando al sujeto mismo. El yo, atormentado por los remordimientos y la *culpabilidad*, puede llegar a un suicidio efectivo o a un suicidio parcial, manifiesto en múltiples enfermedades que *atentan contra la propia salud*.

Esta es la tesis clásica de Freud sobre el mecanismo de producción de la melancolía y de la depresión. Las nuevas concepciones psicoanalíticas diferencian entre la melancolía genuina y algo que, con mucha frecuencia, se confunde con ella, los estados "liminares" o "esquizoides", los llamados casos "borderline" o casos fronterizos: Trastorno límite de la personalidad (TLP), es definido por el DSM-IV como «un trastorno de la personalidad que se caracteriza primariamente por inestabilidad emocional, pensamiento extremadamente polarizado y dicotómico, impulsividad y relaciones interpersonales caóticas». Las nuevas concepciones explican estos trastornos si tener que recurrir, como hace Freud, a la existencia de una "pulsión de muerte" (Todestrieb).

Las consideraciones sobre la fase anal nos han permitido comprender un fenómeno muy oscuro de la psicología humana, el denominado por Freud "carácter anal": personas relativamente normales que actúan en la vida con

una gran tendencia al ahorro, con una cierta avaricia y una minuciosidad y un orden exagerados; son personas testarudas y obstinadas, por la necesidad de afirmarse frente al mundo hostil. Según Freud, la tendencia al ahorro, al acúmulo de dinero y la testarudez serían *sublimaciones* de las tendencias anales profundas. La *obsesión por la limpieza*, por el sistema, por el orden a toda costa, son actitudes que sirven de *mecanismo reactivo*, de *protección inconsciente* frente a pulsiones anales profundas a la suciedad y al desorden.

Para la concepción psicoanalítica ortodoxa, la "expulsión del contenido intestinal" sería la imagen paradigmática del proceso de *proyección*. Así como la *introyección* es característica de la fase oral, la *proyección* sería el equivalente psíquico de la fase anal-sadista. Tanto la *introyección* como la *proyección* están, en un principio, al servicio de las pulsiones, pero, al madurar el aparato psíquico, terminan poniéndose "al servicio del Yo", convirtiéndose en mecanismos de defensa. El individuo se defiende de las pulsiones intolerables, de los deseos pecaminosos que no puede soportar, proyectándolos sobre otras personas, es decir, atribuyéndolos a otras personas. Según Freud, estos *mecanismos de proyección* se ponen de manifiesto sobre todo en la *paranoia* y en la *homosexualidad*, así como en las formas graves de *neurosis obsesiva*.

«Gustavo Bally interpreta este "carácter obsesivo" y la "fase anal" en forma algo diferente. Bally denomina a esta etapa "época de la testarudez" [alemán: *Trotzphase*] y parte de la observación de que ciertos animales depositan sus excrementos al azar (bóvidos, óvidos, etc.), mientras que otros (perros, carnívoros) lo hacen con arreglo a "un orden". La orina, en el perro, sirve para "marcar territorio personal", *cumple una función social*. Únicamente estos animales pueden ser educados en la limpieza. En consecuencia, tenemos que deducir que solo pueden adiestrarse facultades que, ya desde un principio, *están al servicio del contacto social*. Si el hombre puede ya desde niño educar sus esfínteres, es porque en él existe, aun más que en los animales, *una afinidad nata entre las funciones excrementicias y el área de la comunicación*. Como la sociedad humana *no puede ser natural*, como la de los animales, esta educación *tiene forzosamente que ser llevada a cabo*.

Solo raras observaciones nos dan la pista de cuál ha podido ser ese "estado original", en que la eliminación de orina sería de *medio de comunicación*. Los niños que no llevan ropa y pueden abandonar el lecho, evitan mojarlo tan pronto pueden moverse. La protección maternal ha conferido a este lecho un carácter de "abrigo". Fuera del lecho, niños de 2 a 5 años que juegan desnudos en un jardín tienen la tendencia de orinar de preferencia en ciertos lugares y en comunidad. René Spitz (1887-1974) observó, niños con "carencia maternal", que jugaban con sus heces, formándolas con la mano y ofreciéndoselas sonriendo a todo el que se acercaba a su camita, en evidente prueba de que con ellas querían conseguir un "contacto social".

En la civilización moderna se postergan y condenan todos los "medios de comunicación" olfatorios. Civilización predominantemente acústica y visual,

trata de alejar todo aquello que amenaza la "neutralidad" del encuentro. Para educar los esfínteres utiliza como intermedio a la madre que testimonia una viva comunicación con el niño mostrando su satisfacción y su contento con las "buenas situaciones" de evacuación. Al mismo tiempo hace desaparecer los productos desde que esta "comunicación" se ha realizado.

Nuestro tipo de cultura condena como nefandos los contactos demasiado próximos, principalmente los olfatorios (Bally). Nuestra civilización, principalmente óptico-acústico-motriz, determina *un mundo en el que reina la distancia* y cuya estructura *tiene por base las acciones de las manos controladas por los ojos*. Enseñamos a los niños a examinar las cosas con los ojos y apropiárselas con las manos y las cosas, *convertidas así en objetos*, constituyen el mundo real, en tanto nos indican qué es lo que puede hacerse con ellas, cuál es su uso. Constitúyese así un mundo de objetos manipulables. La manipulación es la característica de nuestro mundo de cosas. Estas ideas de Bally nos llevarán a ocuparnos de la relación entre los instintos y el juego.» [Rof Carballo, Juan: *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Barcelona: Labor, 1961, p. 323-324]

«La idea del niño de que puede "dominar los objetos" (que según los psicoanalistas proviene, en su última raíz de que puede 'regalar excremento') determina en la fantasía del niño el *sentimiento de su fuerza*. La libido, todavía sin diluirse, aumenta aún, narcisísticamente, esta vivencia de fuerza, determinando un *sentimiento de omnipotencia*. El sentimiento de poseer propiedades mágicas, de tener órganos con los que dominar el mundo, o también la sobrevaloración mágica de la capacidad intelectual, conduce a la *omnipotencia de los pensamientos*.

Los psicoanalistas olvidan aquí un hecho radical importantísimo. A medida que el niño crece, descubre una evidente correspondencia entre la estructura del mundo y su propia inteligencia. Las *categorías lógico-matemáticas* que se le enseñan o que, intuitivamente, aprende, vienen a continuar el *proceso de crecimiento* espontáneo del cerebro. Para ello, es indispensable una tutela afectiva suficientemente protectora y armoniosa. Jean Piaget, que hace este hecho el eje de su importante obra *Biología y conocimiento*, no tiene, en cambio, en cuenta que para esta "correspondencia" que determina que el niño *encuentre* que lleva *dentro de su cerebro* las matemáticas o la lógica, *necesita antes un amparo afectivo*, en mi lenguaje, una urdimbre *no deficitaria*. El sentimiento de omnipotencia infantil no solo tiene una base emocional, *pulsional*, sino que, *además*, se apoya y es sostenida por una *evidencia* que se va formando en tanto su cerebro se desarrolla armoniosamente. De ahí su tenacidad cuando, en lugar de convertirse en actividad discursiva y crítica, persiste en componentes infantiles como *sentimiento mágico* o *infantil*.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 106-107]

Se objetado a la idea de Freud sobre la retención fecal por parte del niño que esta no se debe al placer erótico que el niño pueda extraer de la misma, sino al deseo de ser atendido. El pequeño observa la importancia que su madre da a sus deposiciones de modo que, cuando se cree desatendido por

ella, una forma de atraer su atención es no defecando. Por otra parte, para algunos autores no está tan claro que la fase anal preceda necesariamente a la fálica. El sistema nervioso madura casi al mismo tiempo tanto para el ano como para el pene, por tanto, habría que probar que el niño se interesa antes por el ano que por el pene.

FASE FÁLICA DEL DESARROLLO LIBIDINAL

De los 3 a los 6 años.

A partir del tercer año de la vida la sexualidad pregenital de los primeros años es sustituida por las zonas erógenas de los genitales. En la fantasía del niño el pene viene a representar lo fundamental, de ahí su orgullo de poseerlo. En la muchacha la *envidia del pene* determina la "selección de objeto". El deseo de tener un pene identifica a la muchacha con el chico. La muchacha ostenta rasgos de muchacho e intenta medirse con él. Despliega una suerte de "rivalidad fálica".

Las *pulsiones parciales* están orientadas a satisfacer las zonas erógenas. Las perversiones y las neurosis expresan una constitución sexual dada "naturalmente" al hombre. Según Freud, "la neurosis es el negativo de la perversión". Toda la obra de Freud está empapada de la preocupación por lo *primigenio*. Freud siempre busca el *origen* de los trastornos psíquicos en las capas más arcaicas de la evolución de la personalidad, de ahí que lo observe todo desde el punto de vista *genético*. La sociedad *primitiva* subsiste en el individuo, de igual forma que la filogenia (desarrollo de la especie) subsiste tras la ontogenia (desarrollo del individuo). Las perversiones son el resto embrionario de algo que existe en la evolución de todo hombre pues *el niño es polimorfo-perverso*.

En las fases pregenitales todas las *pulsiones parciales* son independientes unas de otras. Con la maduración sexual, en la fase fálica entra en juego la concurrencia afectiva frente al padre del mismo sexo. Es lo que Freud llamó el *complejo de Edipo*. Si en las fases anteriores la relación era dual, madre-niño, en la fase fálica se forma una *triangulación*, en las relaciones entran ahora tres personas: el niño, su madre y su padre; la niña, su madre y su padre. Según Freud, la rivalidad con la tercera persona de este triángulo genera sentimientos de ambivalencia. El niño dice a su madre "cuando sea mayor me casaré contigo", pero también "me casaré contigo cuando él se muera". En la muchacha pasa lo contrario. Ahora es cuando se pone en evidencia la *diferencia sexual* y la *tensión intergenérica* (en alemán *Geschlechterspannung*). El niño teme que sus deseos sean castigados con la *castración*. La *angustia de la castración* se agrava cuando alguna persona tutelar lanza alguna amenaza al niño si continúa masturbándose. La ausencia de pene en la niña es en la fantasía del niño la prueba de que en ella ha tenido lugar la temida *castración*. Una fijación en esta fase puede producir el *complejo de castración* en el adulto.

«Es curioso que el complejo de castración quede representado con gran frecuencia en la fantasía por hechos ocurridos en la fase pregenital. Destete,

parto, defecación, etc., son "símbolos de castración", cosa que ocurre con gran frecuencia en las histéricas. Pero todavía más importante es que problemas pre-genitales se *disfracen de fantasías de castración*, como sucede principalmente en las depresiones y en la melancolía.» [Rof Carballo, o.c., p. 110]

Si el niño adopta una actitud pasiva muy intensa y acepta este sentimiento de castración, y, renunciando a sus deseos de masculinidad, adopta los de ser mujer, se produce el *masoquismo feminoide*, acompañado de un *sentimiento de inferioridad*. Por el contrario, el miedo a la castración puede provocar un aparente sentimiento de superioridad, lo que da lugar a un menosprecio hacia ese *ser sin pene*, la mujer. Este sentimiento de superioridad machista, exaltada y arrogante, es solo la fachada que disfraza la *angustia de castración*.

En la muchacha, la *envidia del pene*, suscita, en un principio, fantasías similares a la angustia de castración en el muchacho. La muchacha fantasea que ha perdido su pene como castigo a la masturbación o cree que su deficiencia es culpa de la madre. Confía, al comienzo, recuperar el pene, pero las primeras y continuadas frustraciones van consolidando el núcleo de un *complejo de masculinidad*. Este complejo solo lo supera cuando consigue sustituir la envidia del pene por el deseo de tener un niño.

Es de observar que Freud no prestó particular atención a la relación edípica en la niña, una relación que resulta más complicada que en el caso del niño. Para Freud la libido, de cualquier sexo, es siempre masculina. El deseo sexual depende, en ambos sexos, de la secreción de andrógenos. El fundador del psicoanálisis tiene una concepción falocéntrica de la sexualidad humana, es decir, toma como modelo para la sexualidad femenina el modelo de sexualidad masculina; de esta manera, como dice Simone de Beauvoir, la mujer sería un hombre mutilado por no tener pene, sino una vagina que es como una herida sangrante.

Bruno Bettelheim (1903-1990), en su obra *Heridas simbólicas, los ritos de pubertad y el macho envidioso* (Barcelona: Barral, 1974. Original: *Symbolic Wounds. Puberty Rites and the Envious Male*. Free Press, Glencoe, Ill. 1954), expone una hipótesis contraria a la teoría de Freud sobre la envidia del pene por parte de la mujer: cada sexo envidia los atributos sexuales del otro sexo que no es el suyo, es decir, así como la mujer envidia el pene, correspondería la envidia de la vagina por parte del hombre. Frente al falocentrismo freudiano, Bettelheim defiende un ginocentrismo o, por lo menos, una tesis más igualitaria al fundarse sobre una bisexualidad en ambos sexos. La tesis de Bettelheim se apoya en la observación y estudio de materiales aportados por la antropología cultural, mientras que la tesis de Freud parte de la interpretación de fantasías o deseos latentes y no directamente observables.

En la fase genital todas las pulsiones parciales de las etapas pregenitales ("Partialtriebe") confluyen y se funden en una mezcla pulsional ("Triebmischung"). Si las pulsiones no se mezclan, sino que cada una queda

en estado puso, esa desmezcla puede llevar a una fijación a una etapa pregenital.

«In rascher Verallgemeinerung möchten wir vermuten, dass das Wesen einer Libidoregression, zum Beispiel von der genitalen zur sadistisch-analen Phase, auf einer Triebentmischung beruht, wie umgekehrt der Fortschritt von der früheren zur definitiven Genitalphase einen Zuschuss von erotischen Komponenten zur Bedingung hat. Es erhebt sich auch die Frage, ob nicht die reguläre Ambivalenz, die wir in der konstitutionellen Anlage zur Neurose so oft verstärkt finden, als Ergebnis einer Entmischung aufgefasst werden darf; allein diese ist so ursprünglich, dass sie vielmehr als nicht vollzogene Triebmischung gelten muss.» [S. Freud: *Das Ich und das Es*, 1923]

«En una generalización súbita, nos gustaría conjeturar que la esencia de una regresión libidinal (p. ej., de la fase genital a la sádico-anal) estriba en una desmezcla de pulsiones, así como, a la inversa, el progreso desde las fases anteriores a la fase genital definitiva tiene por condición un suplemento de componentes eróticos. También se plantea una pregunta: La regular ambivalencia que tan a menudo hallamos reforzada en la disposición constitucional a la neurosis, ¿no ha de concebirse como resultado de una desmezcla? Pero ella es tan originaria que más bien es preciso considerarla como una mezcla pulsional no consumada.»

LA FORMACIÓN DEL SUPERYÓ EN EL NIÑO

Las amenazas, sean reales o fantaseadas, hacen que el niño renuncie a colocar energía libidinal en la persona amada e introyecte la autoridad del padre o de la autoridad familiar (que puede ser la madre, a falta de padre). Esta autoridad interiorizada constituye el núcleo de una nueva instancia, el *Superyó*. Con esta introyección y olvido de los deseos edipales, se inicia el *periodo de latencia*, en el que la energía psíquica se desvía hacia otros objetivos (educación escolar, juego, relación con chicos de la misma edad escolar, etc.) empleando el mecanismo de la *sublimación*, base para el interés por la cultura. Este mecanismo de la *sublimación* sustituye a las pulsiones sexuales que aún no tienen la finalidad de la reproducción. Si estas pulsiones infantiles no fueran desviadas mediante la sublimación, podrían dar lugar a perversiones.

En el proceso de sublimación las energías pulsionales son descargadas en formas no instintivas de conducta. La energía se desplaza a objetos de menor interés instintivo. El impulso queda desexualizado y desagresivizado, la pulsión se libera de la tensión instintiva. La sublimación incrementa la curiosidad intelectual. La sublimación depende de la capacidad de simbolización y todo el desarrollo del Yo depende de la sublimación. Ana Freud considera la sublimación como una defensa normal que proporciona una solución progresiva de los conflictos infantiles, que de otro modo pueden conducir a la neurosis. Sigmund Freud mismo formuló otra hipótesis:

«Los sentimientos sexuales infantiles son, por una parte, inutilizables, ya que la función reproductora no ha aparecido todavía. Por otro lado, estos

sentimientos tienen un carácter perverso, puesto que parten de zonas erógenas y de pulsiones que, dada la orientación del desarrollo del sujeto, solo podrán provocar sensaciones de desagrado, haciendo, por lo tanto, surgir aquellas fuerzas psíquicas contrarias (sentimientos reaccionales) que son las que construyen los diques psíquicos (repugnancia, pudor y moral) que sirven para la represión de tales sensaciones desagradables» (Freud: *Una teoría sexual*).

La inversión de libido en la madre significa amenaza de castración. La renuncia a la madre y la inversión de libido en el padre por parte del niño, amenaza la homosexualidad o el "papel femenino", es decir, "quedar castrado". Reprimir la libido significa estancamiento en el desarrollo de la personalidad. Ante este juego de energías (*punto de vista económico*), tiene una escapatoria: regresar a las posibilidades de satisfacción *pre-genitales*. En esta *regresión de la libido*, el padre es objeto de la ambivalencia amor-odio, típica de la *fase anal*. Al incorporar *dentro de su Yo* a la *imago* o *figura paterna*, introyecta los imperativos prohibitivos, constituyéndose así el núcleo del *Superyó*. El psicoanálisis clásico considera el *Superyó* como el precipitado del *Ello* dentro del *Yo*: los impulsos inconscientes, las primeras frustraciones recibidas, los impulsos destructores, las pulsiones sádicas insatisfechas, todo lo que en la primera infancia no ha sido suficientemente elaborado e integrado en la personalidad, pasan ahora a formar parte del *Yo* como *Superyó* destructivo e inhibidor. Bajo la influencia de las prohibiciones de los impulsos sexuales (*prohibición del incesto*), la relación con la madre se desexualiza y se vuelve *tierna* (subsistencia de una satisfacción pregenital). Ante la amenaza de castración y la prohibición de las pulsiones sexuales, el complejo de Edipo sucumbe.

DESARROLLO DE LA FASE FÁLICA EN LA NIÑA

Según la teoría psicoanalítica clásica, el sentimiento de inferioridad por no poseer un equivalente suficiente del órgano viril lleva a la niña a renunciar a la fantasía de su posesión. El desengaño con la madre, que no ha provisto a la niña de un pene como a su hermano, comienza a perturbarla. No puede la madre ser objeto seguro de cariño. Como salida de esta situación, se produce una *regresión* a la *fase anal* de la organización libidinal, invistiendo los contenidos excrementicios de valor simbólico. La primitiva relación dual con la madre pasa, a través de la relación triangular de tres personas, por el complejo de castración. La excitabilidad clitoridiana no se pierde del todo, pero, tras un pasajero investimento libidinal de la mucosa intestinal, se asocia a una sensibilidad de la mucosa vaginal que se convierte por ello en una zona erógena dominante.

La relación de la niña con la madre, lo mismo que ocurre con el niño, es también *ambivalente*, ya que la madre se convierte en rival por cariño hacia el padre. Lo mismo que en el niño, la manera de escapar a esta ambivalencia es por medio de la regresión, identificándose con la madre como el niño lo hacía con el padre. Renuncia los deseos sexuales hacia la figura paterna. Estos deseos son sustituidos por sentimientos de ternura. Al

mismo tiempo, se refuerza la niña refuerza su feminidad por la internalización de la madre idealizada.

Esta evolución de la sexualidad femenina del psicoanálisis clásico ortodoxo es vista hoy de forma bastante diferente por las escuelas analíticas posteriores a Freud.

TEORÍA PSICOANALÍTICA CLÁSICA COMO PSICOLOGÍA MORAL

«En todo este "juego económico" se hace, en el fondo, una interpretación *moral* de lo que ocurre en la psique. El investigador está, a veces sin darse cuenta, empleando para comprender lo que ocurre *conceptos morales* propios de la cultura en que se ha educado, aunque sus ideas parezcan frente a estos conceptos, revolucionarias. Por otro lado, se comete el error de considerar a la "ternura" como una regresión a la fase oral, explicable tan solo por la satisfacción libidinal que dan las caricias de las personas cuidadoras. Ahora bien, la biología de la sexualidad nos enseña que hay "hormonas del cuidado", de la tutela, las *progestinas*, totalmente diferentes –aunque de estructura química similar– a las hormonas de la fecundación, a los estrógenos.

Pero hay todavía una cuestión mucho más grave. La propia experiencia clínica nos enseña que lo primario es la *tutela diatrófica*, que es artificioso querer derivar esta de un "placer sexual", ya que se manifiesta en la unidad madre-niño, en la *urdimbre*, la cual es *constitutiva*, pues sirve para *activar potencialidades genéticas* y determinar el desarrollo de las estructuras cerebrales, bioquímicas, inmunitarias, hormonales, que constituyen al ser vivo como *ser concluso*, preparado para enfrentarse con el medio en toda su enorme gama de riesgos y variantes.

Finalmente, las *instancias prohibitivas* de la psique algo deben tener que ver con ese proceso sin el cual la vida no se comprende, pues ya empieza a funcionar desde los primeros niveles enzimáticos. Sabemos la transcendencia que tienen en esto los fenómenos de *inhibición* y *regresión*. También el despliegue genético se verifica mediante la intervención de *genes represores*. Y toda la fisiología cerebral y del sistema nervioso periféricos sería inconcebible sin el fenómeno de la inhibición o *represión* de estímulos. Principalmente, el aprendizaje es fruto de un juego sutil de activaciones agresivas y de inhibiciones de todo aquellos que es "accesorio" o que "debe ser olvidado".

En suma, *los mecanismos prohibitivos* de la psique han de explicarse en conexión, es cierto, con las prohibiciones sociales, esto es con patrones morales, pero siempre *en relación con los mecanismos represores* que, en todos sus niveles, nos muestra la vida, desde enzimas y genes hasta las neuronas. Comprendemos ahora que haya llegado un momento en la evolución del psicoanálisis en que se haya podido afirmar: *la teoría psicoanalítica es una psicología moral* (Guntrip), indicando así que era necesario superarla por *una teoría biológica*.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 111-112]

EL MITO DE EDIPO REY

Para Freud la leyenda de Edipo, tal como la escenifica Sófocles en su famosa tragedia *Edipo rey*, es el ejemplo más claro de que el complejo de Edipo se remonta a los albores de la humanidad, y que este fenómeno universal provoca la conciencia de culpabilidad, última fuente de la religión y de la moral. El deseo del incesto anida en las profundidades del individuo y nunca puede ser superado por completo. Al principio, Freud pensaba que toda la vida psíquica se orienta de acuerdo al grado y forma en que el individuo resuelve la situación edípica. Pero más tarde fue descubriendo que en las neurosis había algo más que el complejo de Edipo, que algunas se originaban antes de los tres años, en fases preedipales y pregenitales. Ante esta observación, Freud tuvo que aceptar que la etapa edípica es importante, pero que solo algunas neurosis se remiten a ella.

Pero el mito de Edipo es infinitamente más rico de como Freud lo expone. Freud escoge del mito de Edipo solo uno de sus componentes: el incesto, excluyendo el hecho fundamental de que este mito trata de un *niño abandonado* por sus padres, de un niño desamparado y rechazado.

Según la leyenda de Edipo, Layo, rey de Tebas, se casó con Yocasta. El oráculo le había advertido que no tuviese descendencia, pues su hijo sería parricida. No obstante, en estado de embriaguez, Layo engendró un hijo. Cuando este nació, fue abandonado en el monte Citerón. Allí lo recogió y adoptó Pólipo, rey de los corintios, quien le dio el nombre de Edipo. Edipo creció en la convicción de que era hijo de Pólipo, de manera que, cuando a raíz de una consulta suya hecha al oráculo de Delfos, este le indicó que no volviera a su patria, pues mataría a su padre y tendría ayuntamiento con su madre, Edipo decidió no regresar al lado de los que creía sus progenitores y se dirigió a la Fócide. En un camino angosto se encontró con su padre verdadero y en una discusión sobre quién tenía que dejar el paso libre, lo mató sin saber quién era. Creó subió al trono de Tebas y durante su reinado una calamidad sobrevino sobre la ciudad, pues Hera había enviado a la Esfinge (monstruo con rostro de mujer, pecho, pies y cola de león y alas de ave) a proponer un enigma a los tebanos: "¿Qué animal camina primero a cuatro pies, luego a dos y al final a tres?" El que no resolviera el problema era destruido. Creón pregonó que daría el reino y por esposa a Yocasta, viuda de Layo, a quien lograrse solucionar el enigma, ya que en el momento en que alguien respondiese correctamente a la pregunta, la Esfinge se destruiría a sí misma. Edipo dio la respuesta correcta: "El hombre". Y fue así como Edipo, sin saberlo, se casó con su madre Yocasta con la que tuvo varios hijos.

La peste se ha adueñado de Tebas. Como fue Edipo quien salvó al pueblo de la esfinge se dirigen ahora a él para librarlos de la peste. Edipo manda a su cuñado Creonte a Apolo Pitio a pedir consejo. Creonte vuelve y dice que, según el oráculo, la ciudad se salvará de la peste solo desterrando al culpable del asesinato del rey Layo, quien reinó Tebas antes de la llegada de Edipo. Según Creonte, el oráculo decía que debían castigar a los culpables

de su muerte. Edipo promete al pueblo hallar al culpable. Ordenan traer a un famoso adivino ciego llamado Tiresias, quien al principio se niega a hablar, pero al final Tiresias inculpa a Edipo de ser el asesino de Layo y se lamenta por la grave situación de inmoralidad en la que este está viviendo sin saberlo.

Enterada de la acusación de asesinato de Layo que Tiresias pronunció sobre Edipo, Yocasta informa a Edipo que él es inocente ya que la muerte de Layo se produjo a manos de unos bandidos en un cruce de tres caminos. Además, respecto del hijo de Layo, fue entregado a un desconocido para que lo abandonara en el bosque. Muerto el niño, la profecía no se habría cumplido. Edipo recuerda que en su exilio mató a alguien en el cruce de tres caminos, pero lo hizo por sí mismo y no en grupo. Aun así, comienza a temer que él sea el asesino de Layo. Llega un mensajero que anuncia que Pólipo ha muerto. En la conversación, Edipo descubre que no es hijo de Pólipo, ya que el mismo mensajero le explica que lo recibió de un pastor cuando era niño y lo entregó al rey de Corinto. Hacen llamar al pastor, quien confiesa que ese niño era hijo de Layo, y que este se lo había confiado para que lo matara. Sin embargo, tuvo piedad de la criatura y lo entregó al mensajero confiado de que se lo llevaría lejos de allí. Ante la terrible verdad, Yocasta se suicida. Edipo, consternado, decide arrancarse los ojos con los broches del vestido de Yocasta, de modo que cuando muera no pueda mirar a sus padres a los ojos en el Hades. Ciego, le pide a Creonte que lo exilie lejos de Tebas, de modo que Edipo se condena a vivir para siempre como un extranjero, desprovisto de todo poder, afecto y consideración. Por último, el Coro lamenta el trágico destino de Edipo y su linaje maldito.

Los últimos versos del corifeo son una máxima griega: Ningún mortal puede considerar a nadie feliz hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.

Algunos autores sostienen que, dentro del mito de Edipo, tal como lo presenta Sófocles, y a diferencia de como lo contó Heródoto, existen, condensados, diez o doce mitos fundamentales. El primero es la hostilidad del padre al hijo por temor a que le destrone. El motivo de Crono devorando a sus hijos sería el más arcaico. Como el asesinato del hijo no se cumple, aparece Edipo como *el niño abandonado*. Este tema se repite en *La vida es sueño* de Calderón. El niño abandonado suele convertirse en guía de pueblos, en caudillo, en figura primordial (ejemplo, Moisés). Freud no ve en el mito de Edipo una de sus facetas esenciales porque su "obsesión" era el incesto. Pero Edipo, Moisés, Segismundo son figuras de héroes fundadores que comienzan por haber sido niños abandonados. El *abandono* es una condición fundamental del ser humano, que nace en el abandono como ser inerme, indefenso, prematuro expuesto al más mínimo azar adverso y necesitado de protección para poder sobrevivir. En el relato mítico, Edipo no mata al padre por amor a la madre, sino que el asesinato del padre ocurre antes, por azar, tras el encuentro en la encrucijada del camino. Más tarde, Freud, ante las críticas de sus discípulos, justifica su interpretación con una construcción intelectual que explique la historia de la humanidad, el mito de

Totem y Tabú (1913): los hijos, privados de la posesión de las mujeres, aprovechan la vejez del padre para asesinarlo. Tras el asesinato, el remordimiento les abruma y crean, como sustituto del padre, el Totem, para instaurar con él el *orden paterno* y satisfacer su inconsciente sentimiento de culpabilidad.

EL COMPLEJO DE ELECTRA

Karl Gustav Jung fue el que propuso en 1912 denominar *complejo de Electra* la contrapartida femenina del *complejo de Edipo* masculino, pues sus acciones se asemejan, aunque no sus fines ni destinos. El *complejo de Electra* consiste en la atracción afectiva de la niña por la figura del padre. De todos modos, a diferencia del *complejo de Edipo* freudiano, Jung no realizó una aproximación completamente biológica ni universal al complejo. Según Jung, el complejo de Electra es común en las niñas en algún momento de su infancia, aunque, en algunas ocasiones, va más allá. La fijación afectiva o enamoramiento hacia el padre puede generar una situación de rivalidad con la madre. Se supone que es una dinámica normal en el desarrollo de las mismas, que puede observarse a partir de los tres años y que suele resolverse de forma natural. Al contrario que en los niños, esta circunstancia es menos clara y pasa más inadvertida puesto que las niñas tienen un vínculo muy estrecho con sus madres, lo que les dificulta mantener la competitividad con esta. En la mejor resolución del complejo se produce una predilección de la niña hacia su progenitor. Si todo se desarrolla bien, la niña asume su derrota, reconoce que la madre es la preferida, y se dispondrá a buscar otro amor. Por el contrario, si la niña no se rinde a esta evidencia o se siente defraudada por haber sido rechazada por el padre, se puede generar una anomalía patológica.

Freud nunca aceptó el nombre *complejo de Electra*, propuesto por Jung para designar el proceso edipal femenino. A este proceso Freud lo siguió llamando *complejo de Edipo en la mujer*.

Según Freud, el complejo de Edipo se produce también en la mujer, aunque con algunas variantes determinadas por las diferencias constitucionales. Por un lado, la niña ama a su padre y abriga sentimientos hostiles hacia la madre; por otro lado, "el complejo de Edipo de la niña es mucho más unívoco que el del niño y va muy pocas veces más allá de la situación de la madre y de la actitud femenina respecto al padre. Su complejo de Edipo culmina con el deseo de recibir como regalo de su padre un niño, es decir, tener de él un hijo. Creo que el complejo de Edipo en la niña es abandonado lentamente porque este deseo no llega jamás a cumplirse. Este deseo, más el de tener un pene, perduran en lo inconsciente y ayudan a preparar a la mujer para su ulterior papel sexual".

Electra es un personaje de la mitología griega conocido gracias a las obras de Homero, Esquilo, Sófocles y Eurípides. Homero describe a Electra como la hija de Agamenón, rey de Micenas, y Clitemnestra, hermana de Helena. Antes de partir hacia la Guerra de Troya, Agamenón ofreció en sacrificio a su

pequeña hija Ifigenia para lograr su objetivo. Su esposa Clitemnestra jamás se lo perdonó. Después de diez años en Troya, Agamenón capturó a la profetisa Casandra como botín y tuvo dos hijos con ella.

De regreso a Micenas, fue recibido por Egisto, quien durante esa década de ausencia ya había seducido a Clitemnestra y conjurado una venganza. Preparó un banquete de bienvenida y con la ayuda de su amante dio muerte al rey, a Casandra y a sus hijos.

Electra regresó a Micenas años más tarde, ausente durante el regreso y asesinato de su padre. Al descubrir la traición de su madre, llena de odio hacia su madre, juró vengar la muerte de su padre. Pero no fue hasta que su hermano Orestes regresó que pudo llevar a cabo la venganza. Los jóvenes hermanos llevaron a cabo la venganza asesinando al impostor Egisto y a la pérfida madre, pero esto volvió loco a Orestes, que fue perseguido por las Erinias por haber trasgredido los lazos de piedad familiar. Buscó asilo en el templo en Delfos dedicado al dios Apolo, quien a través del oráculo había ordenado la venganza, aunque no pudo protegerlo. Hasta que finalmente la diosa Atenea lo recibió en la Acrópolis y lo llevó a juicio junto a su hermana y ambos fueron absueltos. Más tarde Electra se casó con Pílates, amigo íntimo de Orestes e hijo del rey Estrofo, el mismo que había acogido a Orestes cuando se ausentó de su ciudad.

PERIODO DE LATENCIA

Entre los cinco y los siete años aproximadamente, la actividad sexual registrada durante el periodo genital o fase fálica se estanca y entra en un periodo de latencia, en el que "la producción de la excitación sexual no desaparece, sino que sufre únicamente una detención, produciendo un mayor acopio de energías, utilizada en su mayor parte para fines no sexuales, esto es, por un lado para la cesión de componentes sexuales destinados a formar sentimientos sociales, y por el otro, mediante la represión y formaciones reactivas (vergüenza, asco, pudor, etc.) para la construcción de posteriores diques a la sexualidad".

En este período se desarrollan fuerzas psíquicas que inhiben el impulso sexual y reducen su dirección. Los impulsos sexuales inaceptables son canalizados a niveles de actividad más aceptados por la cultura. Freud lo llamaba "período de calma sexual". No lo consideraba una etapa, ya que no surgía nada dramáticamente nuevo.

Esta etapa es sumamente importante, pues contiene las condiciones para que el sujeto puede adquirir cultura. Es la fase en la que comienza la escolarización y en la que el contacto directo en la escuela con otros niños fuera del círculo familiar favorece la socialización.

El periodo de latencia dura hasta la iniciación de la pubertad, etapa en la que la sexualidad recrudescer su potencia.

Según Freud, las tendencias pulsionales y los sucesos anteriores al periodo de latencia, sucumben en su mayoría a la amnesia infantil provocada por la

represión y el olvido. El contacto con otros niños en la edad escolar fomenta otros intereses, como el juego, la competición, las amistades, etc.

El periodo latencia es un producto de nuestra cultura y no es solo producto de las represiones paternas, como quería Freud, sino que en la latencia influyen las nuevas amistades del niño fuera del círculo familiar. Este contacto con otros niños fuera de la familia, lleva a que el niño tienda a repetir o compartir sus problemas con otros niños, ocultándoselos a sus padres, cosa que relativiza la autoridad paterna dentro de la familia.

LA ETAPA DE LA PUBERTAD

La pubertad se inicia con el resurgimiento de la sexualidad puesta ya al servicio de la procreación. El impulso sexual, hasta entonces predominantemente autoerótico, busca y encuentra su objeto sexual exterior. Se recrudece la sexualidad y el adolescente afronta las influencias del complejo de Edipo. El individuo tiene dos posibilidades: recaer en la neurosis por incapacidad para liberarse de los padres o sus sustitutos, o liberándose de las influencias edípicas, distanciarse de la madre, reconciliarse con el padre y buscar un "objeto erótico" fuera de la familia. Las mujeres se reconcilian con la madre y abandonan sus proyecciones eróticas hacia el padre.

Según los psicoanalistas culturalistas, la crisis de la pubertad no se debe a la renuncia a los placeres eróticos infantiles, sino a los problemas que conlleva la madurez sexual y a las limitaciones que impone la sociedad para la realización de esta madurez. Aunque la madurez biológica lo exige, los jóvenes están obligados a postergar durante años las funciones sexuales procreativas para las que están biológicamente preparados desde el comienzo de la pubertad.

INTRODUCCIÓN DEL "NARCISISMO"

Freud definía la libido como "energía sexual que parte del cuerpo e invierte los objetos". En 1914 Freud, al investigar la parafrenia (esquizofrenia de inicio tardío) encuentra que estos psicóticos no invierten energía libidinal en objetos exteriores, que "la libido es sustraída del mundo exterior y conducida al Yo, y así surge una conducta que podemos llamar narcisismo" (Freud, 1914). La libido, en lugar de buscar satisfacción en objetos exteriores, encuentra la satisfacción en el cuerpo propio.

Es así como Freud distingue entre libido de objeto y libido yoica. La libido de objeto se vuelca sobre los objetos, hay un interés del individuo por el exterior. En la libido yoica hay una introversión de la libido hacia el yo. Los dos tipos de libido mantienen un equilibrio: "cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra" (Freud, 1914).

Freud (1914) explica que en los orígenes de la vida la libido de objeto y la libido yoica no se diferencian porque están unidas, el niño siente satisfacción a través de su propio cuerpo, las satisfacciones sexuales son autoeróticas y

van paralelas a las funciones de autoconservación. En este momento no hay todavía en el individuo un Yo formado. Esta es la fase que Freud (1914) denomina como narcisismo primario. El niño sale del estado de narcisismo primario cuando se instaura el complejo de Edipo, "cuando el niño comprende que no es todo para la madre".

Debido a su concepción de la neurosis, Freud se mostró incapaz de encuadrar el *narcisismo* dentro de las normas terapéuticas analíticas porque consideraba que en los sujetos narcisistas era imposible lograr la transferencia, núcleo de dicha terapia. Según Freud el narcisista acumula la libido en su Yo, lo que le incapacita para amar a otro. El narcisista no sería susceptible de transferencia, lo que imposibilitaría el proceso terapéutico. Las ideas freudianas sobre el narcisismo y la transferencia hicieron que hasta 1912 el psicoanálisis se limitara a la terapia de la histeria y de la neurosis obsesiva.

Después de 1910 se va poniendo de manifiesto que cada vez resulta más difícil explicar la cantidad de datos observados solo desde la perspectiva sexual. Comienza la disidencia y la separación de las teorías freudianas por parte de Alfred Adler (1870-1937), padre de la psicología individual, y de Carl Gustav Jung (1875-1961), fundador de la escuela de psicología analítica, también llamada psicología de los complejos y psicología profunda.

Carl Gustav Jung (1875-1961) fue colaborador de Freud en sus comienzos, pero pronto se separó del fundador del psicoanálisis ante las discrepancias conceptuales centradas fundamentalmente en las teorías de la libido, el incesto, la energía psíquica y la naturaleza del inconsciente. Jung no se centra en el diagnóstico de los síntomas, sino que intenta amplificar el psicoanálisis con el estudio de la simbología y las diversas manifestaciones culturales de diferentes pueblos. Con el estudio de estas manifestaciones culturales, Jung busca probar la presencia universal de un fenómeno anímico. Su abordaje teórico y clínico pone el acento en la conexión funcional entre la estructura de la psique y la de sus productos, es decir, sus manifestaciones culturales. Esto le llevó a incorporar en su metodología nociones procedentes de la antropología, la alquimia, la interpretación de los sueños, el arte, la mitología, la religión y la filosofía.

En 1920 el psicoanálisis arriba a un punto muerto. La terapia psicoanalítica parecía no conducir a curas permanentes. Cada vez se iba imponiendo la opinión de que la neurosis no está provocada solamente por un conflicto puntual, sino que afecta a toda la personalidad del paciente. Más tarde se distinguirá entre el "modelo de conflicto" y "modelo de defecto" (Defektmodell vs. Konfliktmodell).

DEFINICIÓN FREUDIANA DEL NARCISISMO

El primero que empezó a utilizar el término «narcisismo» no fue Freud, sino el psicólogo francés Alfred Binet en 1887 para designar una variante de fetichismo focalizada en el propio cuerpo como objeto de deseo sexual. El concepto fue luego tomado por el sexólogo británico Havelock Ellis (1859-

1939) para denominar un comportamiento sexual perverso relacionado metafóricamente con la historia de Narciso de la mitología griega. Havelock Ellis (1898) proponía una relación entre el comportamiento perverso y el mito de Narciso, será Paul Näcke quien introducirá en 1899 el término *Narzissismus* como un caso particular de autoerotismo. Proposición muy diferente de la que Freud dará a este concepto.

En 1914, en su *Introducción al narcisismo*, el ensayo más leído sobre este concepto, Freud introdujo el concepto en su obra, pero con una definición más difusa. Utilizó la palabra para indicar el desplazamiento de la libido, de los objetos hacia el Yo.

Parece que Freud que ya había utilizado el término en 1909 refiriéndolo a un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. En 1910, Freud usaba el término narcisismo para referirse a la forma particular de elección de objeto de los sujetos homosexuales. Poco después, Freud establece una definición del narcisismo como estadio evolutivo intermedio entre el autoerotismo infantil temprano y la elección de objeto que finalmente, tras el periodo de latencia, conduce al amor de objeto.

A partir de su ensayo *Introducción del narcisismo* de 1914, Freud conceptúa el narcisismo desde el punto de vista económico: de equilibrio de energía y dinámica, constituyendo el inicio de los escritos llamados metapsicológicos. En la nueva reformulación del concepto de narcisismo, la libido aparece diferenciada en "libido yoica" y "libido de objeto". Esta diferenciación fue objeto de disputa con su discípulo Carl Gustav Jung (1875-1961), que concebía la libido como energía psíquica unificada que reúne tanto los intereses del yo como los de la sexualidad. Jung criticaba la teoría de la libido freudiana por no explicar las psicosis. A raíz de esta disputa, Freud se propuso aplicar la teoría de la libido en los cuadros psicóticos para probar su validez.

Antes de la introducción del narcisismo, Freud entendía el Yo como "una organización coherente de los procesos anímicos en una persona, aquella instancia anímica que ejerce un control sobre todos sus procesos parciales". Entre estos procesos se encuentra el control de excitaciones, la represión y los relacionados con la consciencia.

Resulta difícil establecer el significado del concepto «narcisismo», en particular en lo que respecta al narcisismo primario. El mismo Freud no utiliza el término de manera unívoca y los diferentes autores postfreudianos lo utilizan y describen de maneras muy distintas.

La clave parece estar en la distinción entre el *Ichideal* ('Ideal del Yo') y el *Idealich* ('Yo Ideal'). El *Ideal del Yo* (*Ichideal*) equivale al narcisismo primario, producto de la identificación con los progenitores porque aún no hay conocimiento de la diferencia sexual. Esta identificación inaugura "el nuevo acto psíquico" que permite al infante decir Yo, como unidad, gracias a la instauración del *Superyó* primitivo.

Freud emplea tres expresiones distintas para denominar la instancia que impulsa al sujeto a actuar de manera ética -el Yo ideal (Idealich), el ideal del Yo (Ich-ideal) y el Superyó (Überich)-, suele mezclar los tres (a menudo emplea la expresión Ich-ideal oder Idealich [Yo ideal o ideal del Yo] y el título del capítulo III de El Yo y el Ello es «El Yo y el Superyó (ideal del Yo)».

Para Freud el narcisismo secundario se refiere a dos ideas distintas:

a) Una forma de designar estados mentales patológicos (narcisismo esquizofrénico, por ejemplo, o en la «neurosis narcisista», que es el modo como Freud denominó inicialmente las psicosis, también a lo que hoy se llamaría depresiones mayores o endógenas) donde la investidura libidinal que previamente estaba puesta en objetos recae ahora, regresivamente sobre el yo.

b) Una estructura estable, donde no hay psicosis, porque existe equilibrio desde el punto de vista económico (flujo de energía psíquica libidinal). Las inversiones de energía libidinal (catexis) estarían repartidas armónicamente entre los sistemas y los objetos. Desde el punto de vista tópico se puede afirmar que el componente estructural Ideal del Yo y Superyó definitivo, se generan después de haber superado el complejo de Edipo.

Con la introducción del concepto de narcisismo, Freud sostiene la existencia de una primitiva etapa en el desarrollo libidinal del individuo (posterior a la del autoerotismo y anterior a la del amor de objeto) en la que se tomaría al propio Yo como objeto de amor. En el Yo estaría inicialmente concentrada toda la libido, antes de ser investida en objetos externos. Esta temprana investidura o catectización del yo o sí mismo hacía difícil seguir sosteniendo el primer dualismo pulsional –el que contraponía pulsiones sexuales y de autoconservación– ya que el nuevo concepto de narcisismo implicaba una erotización del yo, en la que quedaba diluida la tensión entre esos dos conglomerados pulsionales. Fue necesario conceptuar un nuevo dualismo pulsional que permitiera sustentar el conflicto entre dos partes contrapuestas.

Al comienzo de *Más allá del principio de placer* (1920), Freud analiza la experiencia del trauma psicológico, particularmente el experimentado por los soldados como consecuencia de su participación en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, su aporte más notable en esa obra no es la descripción del fenómeno clínico, sino el descubrimiento de una curiosa regularidad en cuanto a las experiencias desagradables: las personas tendían, de una manera u otra, a repetir las o recrearlas, tendencia que a todas luces violaba el principio de placer. El autor encuentra manifestaciones de esta compulsión de repetición (correlato clínico de la pulsión de muerte) no sólo en los sueños traumáticos de los afectados por neurosis de guerra, sino también en las circunstancias más ordinarias: tal es el caso de ciertos juegos infantiles, como aquellos en los que un niño arroja objetos lejos de sí para recrear las cotidianas ausencias de su madre o esos otros en los que parece derivar placer de que un adulto oculte su propio rostro para luego develarlo nuevamente frente a él. Freud propone la hipótesis de que semejante

repetición perseguiría el propósito de dominar, al cabo de un tiempo, las experiencias traumáticas. Una pulsión de muerte se opondría, pues, a la preocupación por la mera ganancia de placer y empujaría a los organismos a emprender, a través de rodeos más largos o más cortos, un retorno a un estado inanimado e inorgánico.

En el contexto de su segunda tónica, Freud diferenció dos categorías de pulsiones: las pulsiones de vida (Lebenstrieb o Lebenstriebe) y su contrapartida, las pulsiones de muerte (Todestrieb o Todestriebe). Las pulsiones sexuales y de autoconservación o yoicas quedan englobadas bajo el nombre de Eros, denominación alternativa para las pulsiones de vida. La pulsión de muerte o Thanatos queda definida como la tendencia inherente a todo lo vivo a retornar a un estado inerte, a la búsqueda de un estado anterior a la vida. Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia el interior y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

DE LA INTRODUCCIÓN DEL NARCISISMO AL MODELO ESTRUCTURAL

Freud es muy confuso cuando habla de las energías del Yo, pero a partir de la *Introducción del narcisismo* (1914), el pensamiento más definido, imperante en sus teorías es el relacionado con la afirmación de que "hay una libido del Yo". El Yo normalmente almacena libido, que se proyecta (objetiva) sobre los objetos y personas, pero sin cortar su comunicación con la libido del Yo, "igual que un protozoo y sus pseudopodios". Por lo tanto, cuanto mayor es la libido objetivada menor es la del Yo, o sea, que cuanto menor es la libido objetivada mayor es la tendencia narcisista del sujeto.

Freud había supuesto que en el ser humano se registran dos tendencias: las sexuales, cargadas de libido, y las de conservación o del Yo propiamente dicho que, primitivamente, pensó que estaban saturadas de una energía diferente a la de los impulsos sexuales y que llamó "interés". Con el estudio de la esquizofrenia y del narcisismo, Freud abandona la idea de que los instintos del Yo estuvieran cargados de una energía diferente a la de los sexuales y llegó a la afirmación de que *el Yo está también saturado de libido*. Así casi toda la energía del ser humano fue reducida hacia 1914 a la libido.

Sigmund Freud inicialmente había considerado el yo como una suerte de "órgano sensorial" para la percepción de estímulos tanto externos como internos. Concebía el yo como sinónimo de consciencia y lo contraponía al inconsciente reprimido. Para 1911, se refirió a "pulsiones del yo" por primera vez en su obra *Los dos principios del funcionamiento mental*, contrastándolos con las pulsiones sexuales: las pulsiones del yo respondían al principio de realidad mientras las pulsiones sexuales respondían al principio del placer. También consideró la atención y la memoria como funciones del yo.

Pero Freud comenzó a notar que no todos los fenómenos inconscientes podían ser atribuidos al Ello, pues parecía que el yo tenía aspectos asimismo inconscientes. Esto resultaba ser un problema para su primer "modelo topográfico" de consciente – inconsciente - preconsciente (erstes topisches Modell). El problema quedó resuelto en la publicación de 1923: *Das Ich und das Es* (El Yo y el Ello), donde Freud expone su segundo modelo de la psique, el "modelo estructural" (Strukturmodell der Psyche o "zweites topisches Modell"). En este segundo modelo, Freud diferencia las tres instancias: el Ello, el Yo y el Superyo (Es/Ich/Über-Ich).

El yo aún se organizaba alrededor de capacidades perceptuales conscientes, mas ahora tenía características inconscientes responsables de la represión y otras operaciones defensivas. El yo freudiano era visto como relativamente pasivo y débil, describiéndolo como un impotente jinete sobre el caballo del ello, más o menos obligado a ir a donde el ello deseaba (Meissner, sin fecha).

Después de *El yo y el ello* (1923), Freud publicó en 1926, *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*). En este ensayo, Freud revisó su teoría de la ansiedad que delineaba un Yo más robusto. En vez de pasivo y reactivo al Ello, el Yo constituía un importante contrapeso de al Ello. El Yo era el responsable de regular los impulsos del Ello, además de integrar el funcionamiento en un todo funcional. Las modificaciones hechas por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, constituyó la base de la llamada "psicología del Yo" (Ichpsychologie), que centró el interés en la naturaleza y las funciones del Yo.

ORIGEN DE LA SOCIEDAD Y DE LA RELIGIÓN SEGÚN FREUD

Las ideas de Freud sobre sociología y antropología están expuestas en las siguientes obras: *Totem y tabú* (1912-1913), *Pensamientos contemporáneos sobre la guerra y la destrucción* (1915), *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar en la cultura* (1930).

Para la publicación de *Totem y tabú* (1912), Freud consultó las obras de antropología y etnología más importantes de su tiempo: Frazer (*Totemismo y exogamia*), Wundt (*Psicología de los pueblos*) y Robertson Smith (*La religión de los semitas*, la más afín a las tesis de Freud).

Según Freud, el hombre viene al mundo con una "herencia arcaica". Esta herencia encierra no solo predisposiciones, sino también huellas y recuerdos vividos por los primeros antepasados. De esta manera, cada individuo repite en su desarrollo, en forma abreviada, los más importantes acontecimientos de los procesos experimentados por el género humano en los comienzos de la humanidad. Apoyándose en las concepciones antropológicas de Darwin, Frazer, Smith, Wundt, Tylor, Spencer, Lang y otros, Freud expresó su convicción de que el hombre posee un pasado animal y que la primera forma de la sociedad fue la horda primitiva. Esta horda primitiva estaba gobernada por un macho (padre, jefe) despótico y poseedor de todas las mujeres. Sus

hijos, que estaban sometidos a él, abrigaban sentimientos ambivalentes (cariñosos y hostiles) hacia el padre. Un día, llevados por estos impulsos hostiles, avivados por el deseo de poseer a las mujeres, los hijos se rebelaron, asesinaron al padre, lo descuartizaron y se lo comieron. El padre era figura temida, pero también admirada. El devorar al padre fue consecuencia del deseo de identificarse con él y apropiarse de su energía. El banquete totémico fue la primera fiesta de la humanidad, que reproducía y conmemoraba el acto criminal. Este acto criminal constituyó el punto de partida de las restricciones morales y de la religión. Freud expone en 1925 la última versión de su tesis:

“El asesinato del padre es el nódulo del totemismo y el punto de partida de la formación de las religiones. El padre de la horda primitiva habría monopolizado despóticamente a todas las mujeres, expulsando o matando a sus hijos, peligrosos como rivales. Pero un día, se reunieron estos hijos, asesinaron al padre, que había sido su enemigo, pero también su ideal, y se comieron el cadáver. Después de este hecho, sin embargo, no pudieron apoderarse de su herencia, pues surgió entre ellos la rivalidad. Bajo la influencia de este fracaso y del remordimiento, aprendieron a soportarse unos a otros, uniéndose en un clan fraternal, regido por los principios del totemismo, que tendían a excluir la repetición del crimen, y renunciaron todos a la posesión de las mujeres, motivo del asesinato del padre. De este modo, surgió la exogamia, íntimamente enlazada con el totemismo. La comida totémica sería la fiesta conmemorativa del monstruoso asesinato, del cual procedería la conciencia humana de la culpabilidad (pecado original), punto de partida de la organización social, la religión y la restricción moral.

Una vez abandonada la sustitución del padre por el animal totémico, el padre primitivo, temido, odiado, adorado y envidiado, se convirtió en el prototipo de la divinidad.

Esta teoría de la religión arroja viva luz sobre el fundamento psicológico del cristianismo, en el cual perdura, sin disfraz alguno, la ceremonia de la comida totémica, en el sacramento de la comunión.” Los impulsos hostiles y la conciencia de culpabilidad, repetía Freud, no desaparecen jamás en el desarrollo ulterior de las religiones.

“La tendencia del hijo a ocupar el lugar de dios padre se exterioriza cada vez con mayor claridad. La introducción de la agricultura aumenta en la familia patriarcal la importancia del hijo, el cual permite nuevas manifestaciones de su libido, incestuosa, que encuentra una satisfacción simbólica en el cultivo de la madre tierra. Nacen entonces las figuras de Attis, Adonis, Tammuz y otras divinidades juveniles que gozan de los favores de las divinidades maternas y realizan el incesto, desafiando al padre. Pero La conciencia de culpabilidad se manifiesta en los mitos que asignan a los jóvenes amantes corta vida o los castigan con la castración o la cólera de la divinidad ofendida, representada bajo la forma de un animal. Adonis es muerto por un jabalí; Attis muere castrado, etc.”

Según Freud, el cristianismo encontraría una forma alternativa de mitigar la culpabilidad. Cristo, hijo de Dios, sacrifica su propia vida para redimir a todos los hombres del pecado original. El pecado original de los hombres, decía Freud, es un pecado contra el Dios Padre. Si Cristo redime a los hombres del pecado original sacrificando su propia vida, hay que deducir que el pecado era un asesinato (según la ley del Talión, el asesinato solo puede ser redimido con el asesinato).

“En la doctrina cristiana, confiesa la humanidad más claramente que en ninguna otra, su culpabilidad emanada del crimen original, puesto que solo en el sacrificio del Hijo se ha hallado expiación suficiente. La reconciliación con el padre es tanto más sólida cuando que simultáneamente a este sacrificio, se proclama la renuncia a la mujer, causa primera de la rebelión. Pero aquí se manifiesta una vez más la fatalidad de la ambivalencia.

Con el mismo acto con el que ofrece al Padre la máxima expiación, alcanza el Hijo su máximo triunfo y que se convierte en Dios e inaugura una religión que reemplaza a la primera. Como signo de esa sustitución, se resucita la antigua comida totémica, esto es, la comunión, en la que la sociedad de hermanos consume la carne y la sangre de Dios identificándose con él” (Freud: *Totem y tabú*).

Las ideas religiosas no derivan de la experiencia, ni las exige la razón. Los dogmas, dice Freud, son “en realidad *ilusiones*, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos”. La ilusión prescinde de la realidad, solo es fiel a un deseo. De ahí que los dogmas sean indemostrables.

En *Análisis de las masas y análisis del Yo* (1942), Freud continúa con las ideas expuestas en *Totem y tabú* (1912), tratando de establecer una relación entre la psicología de la masa, sus teorías sobre la herencia arcaica y sus teorías psicoanalíticas.

La principal crítica del psicoanalista Freud va referida al hecho de que un individuo deba descuidarse a sí mismo en el momento en que se une a un grupo colectivo, ya que todos deben de ser iguales y poseer lo mismo. El ser humano debe de tener la posibilidad de elegir lo que quiere, desea y piensa.

Cuando un individuo pasa de una masa efímera a una masa estable, en ese mismo momento, pierde su ideal del yo. Es decir, lo intercambia por el ideal de la masa corporizado en el líder. A veces para los seres humanos la separación entre su yo y su ideal del yo no llega demasiado lejos.

Freud entiende que las masas están gobernadas por lazos afectivos de dos clases: uno, la unión con el conductor y otro, la unión de los individuos entre sí. Ya que una masa es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo en el lugar de su Ideal del Yo, a consecuencia de lo cual, se han identificado entre sí en su yo (esto permite que rivales al comienzo, han podido identificarse entre sí por el amor hacia el mismo objeto).

Para hablar de las masas artificiales, Freud toma a la Iglesia y al Ejército por ser masas de alto grado de organización y duraderas en el tiempo, en dichas masas se emplea cierta compulsión externa para prevenir su disolución e impedir alteraciones en su estructura. Por regla general, no se deja a la libre elección del individuo ingresar en una masa de esa índole. Y el intento de separación suele castigarse o penarse rigurosamente, o se lo sujeta a condiciones muy determinadas.

EL FUTURO DE UNA ILUSIÓN

La contrapartida de *Totem y tabú* (1912), y a la vez su continuación, es el *Porvenir de una ilusión*, de 1927.

La actitud de Freud ante las representaciones y símbolos de la cultura es de franca reserva. No solo por su hábito científico, sino porque concebía el psicoanálisis como un método especializado en dismantelar los artificios de la fantasía que intentan sustituir con ilusiones las deficiencias de la vida real. Ni en su infancia, ni en el resto de su vida, tuvo Freud creencia alguna. Siempre trató de explicar *psicológicamente* el origen y la persistencia de las creencias, apelando a la imaginación del que las profesa. Vio concordancias y analogías entre las neurosis obsesivas y las religiones.

“Podríamos arriesgarnos a concebir la neurosis obsesiva como si constituyera una contrapartida patológica de la formación de las religiones, y a calificar de religiosidad privada a la neurosis, y de neurosis obsesiva universal a la religión”.

Según Freud, la razón biológica de la religiosidad reside en la invalidez y necesidad de protección en que nace el hombre. En la edad adulta, el hombre se vuelve a hallar inerme y débil ante las vicisitudes de la vida y siente nostalgia de las personas tutelares que le dieron protección en la infancia. Entonces *regresa* a las vivencias primarias, sublima y magnifica a sus padres, que pasan a ser “Dios omnipotente y justo y la bondadosa Naturaleza”. Es así como la neurosis es una protección contra la neurosis.

«Freud miraba con evidente complacencia los intentos de abolir o atenuar el nacionalismo y la propiedad. En realidad, la principal objeción de Freud a medidas de este tipo –tal como se intentaban en la Rusia de la década de 1920– venía dirigida contra el estado mental con el que se llevaban a cabo, dominado, según él, por la creencia falsa y bastante peligrosa de que los problemas fundamentales de la sociedad se deben a la sociedad más bien que a la naturaleza humana. “También yo considero indudable que una modificación objetiva de las relaciones del hombre con la propiedad sería, en este sentido, más eficaz que cualquier precepto ético; pero los socialistas malogran tan justo reconocimiento, desvalorizándolo en su realización, al incurrir en un nuevo desconocimiento idealista de la naturaleza humana” (*El malestar en la cultura*). [...]

La internalización de la agresividad o el desarrollo de un fuerte *superyo* requerían, en efecto, por parte del individuo, algún grado de aceptación de las normas del medio entorno, lo cual no parece concebible a menos de que

los frutos de la civilización se distribuyan de un modo que no sea manifiestamente injusto.

El otro método propuesto por Freud –el de la sustitución del instinto por el intelecto– más que presuponer conduce a una sociedad de hombres iguales, dado que –de acuerdo con una idea que Freud expresó, sin llegar nunca a desarrollar– en el futuro un ideal, y más específicamente el ideal de la razón, podría asumir el papel que en las sociedades más tradicionales desarrolla el líder. En las *Nuevas disertaciones introductorias* y en su intercambio de cartas con Einstein, Freud habló de “la dictadura de la razón” como el principio de la sociedad del porvenir. En la década de 1930 Freud era consciente del tono irónico de esta expresión.

Freud creía en la razón. “A la larga, nada puede resistir a la razón y a la experiencia.” (*El futuro de una ilusión*). Es decir, creía que la mente de un hombre está hecha de un modo tal que se inclina por los argumentos y consideraciones racionales una vez que los escucha. Pero precisamente porque los argumentos y consideraciones racionales tienen un poder sobre él, hará, cuando su comodidad se lo pida, todo lo posible por no escucharlos.

Podríamos decir que toda la obra de Freud fue una investigación acerca de la sordera de la mente. Freud era un racionalista, pero no un optimista. Pensó que, en último término, prevalecería la razón, pero no vio ningún motivo para hacer una apreciación de cuándo sucedería eso, o de qué ocurriría primero. Y convertir la certidumbre general de que un día la humanidad escucharía la voz de la razón en una fe de cara a un futuro definido como previsible es algo que no pudo menos de parecerle incompatible con la perspectiva científica. Había bases justificadas para la acción y para perseguir el conocimiento, pero no para la esperanza.

“Mi pesimismo me parece ser un resultado; el optimismo de mi adversario, una premisa. Yo podría decir, además, que he celebrado con mis sombrías teorías un matrimonio de razón, en tanto que los otros viven con las de ellos un matrimonio de inclinación. Esperemos que sean más felices que yo. [...]

No tengo valor para alzarme ante mis semejantes como un profeta, y me pliego ante el reproche de que no les puedo ofrecer ningún consuelo; pues en el fondo esto es lo que todos ellos piden –los más impetuosos revolucionarios no menos apasionadamente que los más virtuosos creyentes”.

No se le puede hacer peor servicio a Freud que el que le hacen quienes en interés de una piedad mal entendida le reclutan a favor de esa clase de blando y necio optimismo que él despreció tan completa y heroicamente.» [Wollheim, Richard: *Freud*. Barcelona: Grijalbo, 1972, p. 302-305]

«El hombre no puede seguir siendo eternamente un niño; es necesario que, por fin, se interne en el universo hostil.»

CRITERIOS DE MADUREZ PSÍQUICA

La acumulación de adjetivos no aumenta la claridad. Los agujeros dan calidad al queso suizo. Un queso sin agujeros es indigesto. La perfección es como un queso sin agujeros, es fría y aburre.

•

La madurez comienza el día que uno decide que nunca volverá a ensalzar los ideales radicalmente puros porque en el fondo nos parecen pataleos inanes que nos alarmaría ver realizados. Y la sabiduría se alcanza si esa decisión va acompañada de la ascética renuncia al cinismo y la autocomplacencia. [Fernando Savater]

•

La "normalidad" también puede ser temible cuando se impone por la fuerza y consiste en aniquilar la libertad de los otros, los distintos a los que nos creemos normales. [Mario Vargas Llosa]

•

Mi felicidad consiste en que sé apreciar lo que tengo y no deseo con exceso lo que no tengo. El secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere sino querer siempre lo que se hace. [León Tolstoi]

•

Felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. [Jean Paul Sartre]

•

No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió. [Joaquín Sabina]

•

Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una. [Voltaire]

•

Diferencia entre un psicótico, un neurótico, un filósofo y el sentido común:

Psicótico: $2 + 2 = 5$ (y el que diga lo contrario está influenciado por la conjura internacional judeo-masónica).

Neurótico: $2 + 2 = 4$ (y esto es lo que más me fastidia / (vulg.) me jode).

Filósofo: $2 + 2 = 4$ (¿por qué no toda la realidad es así de clara y exacta?

Descartes buscaba la "idea clara y distinta". Tanto Husserl como Heidegger comenzaron su búsqueda filosófica guiados por la estabilidad y consistencia de los números y de la matemática.

Sentido común: $2 + 2 = 4$ (las cuentas claras y el chocolate espeso). [Justo Fernández López]

•

«La vocación del aventurero es paradójica: es la vocación de no tener vocación. Es la vida a salto de mata, una epopeya compuesto solo de episodios. Hilos de existencia que no forman trama. Casi a diario se muere a una vida para renacer en otra.

La normalidad del hombre normal resulta de que logran regularse felizmente, la una a la otra, estas dos potencias; la impulsividad y la imaginación. Una dosis congrua de esta última nos permite fabricarnos por anticipado un proyecto de vida que será nuestra vocación, al cual procuramos ir acomodando uno tras otro nuestros actos con suficiente continuidad. Al propio tiempo, la presencia viva del futuro, con todos sus peligros y dificultades, nos crea frenos que moderan y retienen el fiero automatismo de nuestros impulsos. Más aún: estos no funcionarán habitualmente si no es incitados por una tarea que nuestra fantasía ha premeditado y puesto a su servicio. [...] El aventurero viene al mundo con una fantasía anómalamente atrofiada, y en esto consiste su sino. Es incapaz de representarse su propio futuro. Mira al provenir, aun al más inmediato, y no ve nada. Por eso carece de vocación. La vocación, el argumento de nuestra existencia, es una urdimbre tejida por la imaginación, solícita Penélope.» [Ortega y Gasset, José: "A «Aventuras del capitán Alonso de Contreras»" (1943), en *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, vol. VI, p. 505]



La infancia nos deja multitud de heridas en relación con nuestros padres, a los que culpamos de todas nuestras desdichas, pero, según vamos madurando, les vamos perdonando y al final, después de adquirir experiencia de la vida, hasta podemos llegar a comprenderlos. Pero el querer siempre afirmar su propia personalidad, puede llevar al espíritu de contradicción.

«Un máxima de los antiguos romanos dice: *Ducunt fata volentem, nolentem trahunt* ("el destino conduce al que se deja guiar, pero a quien se resiste lo arrastra"). El esfuerzo por permanecer fiel a sí mismo se puede convertir en un espíritu de contradicción, pues no contradecir sería sentido como una traición a sí mismo. Y el simple hecho de que los otros le sugieran un consejo, ya es motivo para rechazarlo, incluso cuando, mirado objetivamente, aceptarlo sería en su propio interés. Dice un conocido aforismo que la madurez es la capacidad de hacer lo correcto, a pesar de ser eso precisamente lo que los padres siempre han aconsejado. Pero el genio auténtico da un paso más, y, con una consecuencia heroica, hasta rechaza lo que *a él mismo* le parece ser la mejor elección, esto es, rechaza las recomendaciones que se hace a sí mismo. El resultado, al final, es un estado de desdicha indecible» [Paul Watzlawick: *El arte de amargarse la vida*. Edición alemana: *Anleitung zum Unglücklichsein*. München: Piper, 1983, p. 19-20]



El Diccionario de la Lengua Española de la RAE define la palabra "normal" como «lo que se dice de una cosa que, por su naturaleza, forma o magnitud, se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano.» El concepto de normalidad engloba la serie de expectativas que cada sociedad tiene de su gente. ¿Quién fija la norma? Un aspecto realmente peligroso del concepto de normalidad son las connotaciones asociadas. Definir lo patológico siempre ha sido complicado desde la perspectiva de la psicología por la complejidad de delimitar los criterios del mismo.

«El médico o el psiquiatra tienen el hábito de aplicar el criterio de normalidad, el cual no es más que una media estadística, es decir, ya de antemano conduce a un empobrecimiento de la realidad. Por el contrario, es más bien el hombre excepcional, el genio quien puede enseñarnos muchas cosas sobre el hombre vulgar, y no al revés.» [Juan Rof Carballo]

La RAE define "anormal" a la persona cuyo desarrollo físico o intelectual es inferior al que corresponde a su edad. La madurez se adquiere con la experiencia, pues el ser humano, al nacer prematuramente en estado de extrema menesterosidad, tiene que pasar por varias etapas de desarrollo con sus correspondientes vicisitudes, lo que deja siempre alguna rotura en la urdimbre o entramado de su personalidad. En una democracia, todo sujeto tiene derecho a vivir su "diferencia", mientras que las dictaduras exigen "uniformidad" y marginan toda diferencia.

«El concepto de normalidad psíquica en el hombre es relativo al tipo de sociedad en que se vive, pero, a su vez, la sociedad en que se vive no es indiferente al tipo de enfermedades que los médicos observamos.» [Rof Carballo]

"Normalidad" corresponde más bien al estado correspondiente a una fase del desarrollo ("normal"), mientras que "madurez" es el estado final de un proceso en el que el desarrollo se "consume" (¿o más bien se "consume"?), es la plenitud y final del proceso.

Sigmund Freud puso como criterios de "normalidad" o madurez psíquica solamente dos condiciones: ser capaz de trabajar (*arbeitsfähig*) y ser capaz de amar (*liebesfähig*), es decir, haber alcanzado la genitalización habiendo integrado las pulsiones parciales (*Partialtrieb*).

Pero Freud dejó fuera otros criterios que tienen que ver con la madurez emocional de la persona:

- ✓ Ser capaz de sentir emociones (*erlebnisfähig*) y de convertir las vivencias en (*Erlebnis*) en experiencias (*Erfahrung*). La experiencia son las vivencias "decantadas" (des-encantadas).
- ✓ Ser capaz de empatía (capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos).

Ser capaz de soportar sentimientos de culpabilidad (*Fähigkeit Schuldgefühle zu ertragen*) sin huir en una confesión compulsiva (*Geständniszwang*) y el deseo de castigo (*Strafbedürfnis*). El arrepentimiento compulsivo intenta "borrar" la culpa sin asumirla, busca

solo el perdón. «No me arrepiento de nada. El que se arrepiente de lo que ha hecho es doblemente miserable.» [Baruch Benedict Spinoza]

«Nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo o contra su cónyuge o compañero permanente o parientes» (C.PI. art. 33). Conforme a este principio penal, no es admitida la confesión compulsiva sino la voluntaria, bien sea requerida o espontánea.

- ✓ El soportar sentimientos de culpabilidad comporta la capacidad de sentir duelo (del latín "dolus", 'dolor', 'lástima', 'pena', 'aflicción', 'sentimiento') ante lo inevitable lo mismo que el sentimiento que se tiene por la muerte de alguien. No se puede borrar el pasado, hay que asumirlo como un capítulo más de la "novela personal". Toda decisión es una occisión (de latín "occisio", 'muerte violenta'). En alemán se dice *jede Entscheidung ist eine Scheidung*, cada decisión es un divorcio o separación. Después de tomar una decisión nunca sabremos qué hubiera ocurrido de haber tomado la decisión en otro sentido. Para evitar este sentimiento de duelo, de pérdida de otra alternativa, algunas personas optan idealizar tanto la meta final del deseo que lo convierte en inalcanzable, lo que las exime de tener que tomar una decisión y poder vivir del "anhelo" en la antesala de la vida. Como se dice en alemán: «Ins Unglücklichsein kann man sich verlieben», uno se puede enamorar de la infelicidad.

Ser capaz de afrontar el proceso de duelo (*Trauerarbeit leisten*) tras la muerte de un ser querido. Saber enterrar a los muertos sin reprimir su desaparición. En todas las culturas, los muertos mal enterrados vuelven para exigir justicia.

- ✓ Ser capaz de manifestar sentimientos agresivos no destructivos en forma de autoafirmación, cuando se trata de poner límites o marcar distancias frente a una amenaza exterior, sin atentar contra los derechos de otras personas y sin ejercer poder sobre el otro. La palabra "agredir" viene del verbo latino "aggrēdiōr - aggrēdi" que significa algo positivo: 'avanzar, dirigirse hacia algo', 'acometer una acción'; posteriormente, este verbo se empleó en el sentido de comportamiento hostil y destructivo del individuo (hacia fuera o hacia dentro de uno mismo) o del medio. Según Freud, el hombre mentalmente sano sabe neutralizar las fuerzas destructivas con un adecuado desarrollo del "Eros", canalizan las pulsiones de muerte hacia conductas productivas.
- ✓ Ser capaz de verdadero compromiso, evitando siempre el falso compromiso.
- ✓ Ser capaz de disfrutar de las cosas pequeña (*Genussfähig sein*).
- ✓ Ser capaz se aceptar sentimientos de ternura de parte de otra y corresponderlos.
- ✓ Placer de sentirse útil para alguien o para la sociedad (*amor diatrópico*) y no solo reclamar los "derechos" propios.

- ✓ Ser sensible al humor y la ironía. La autoironía capacita para la autocrítica y para el reconocimiento de las propias debilidades.
- ✓ Saber olvidar ofensas y no ser rencoroso: «Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón». [Jorge Luis Borges].
- ✓ No buscar siempre la luz y la claridad. La perdición de la mosca es que se orienta solo por la luz y se da de cabeza contra el cristal de la ventana; para salir solo necesitaría cruzar la sombra de penumbra (marco) y ya tendría "otra" salida. Mucha luz ofusca.
«Si lloras porque no ves el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas,» [Rabindranath Tagore]
- ✓ Se capaz de fruición intelectual: entusiasmo y admiración tras descubrir una "nueva idea".
- ✓ Poder sentir asombro y admiración (envidia sana). Al mismo tiempo saber disfrutar del ejercicio de la propia destreza ("Funktionslust"). La destreza proporciona el supremo placer de coordinar con eficacia las inhibiciones personales.
- ✓ Uno de los criterios de madurez más importante es la capacidad para estructurar jerárquicamente la realidad. Descubrir las jerarquías de la realidad es descubrir el mundo de los valores.
- ✓ No creerse más de lo que uno es, pero tampoco menos de lo que uno vale, como dijo Goethe.
- ✓ Saber envejecer evolucionando y no condenando todo lo nuevo (Jorge Manrique: "cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor").

LOS VÍNCULOS QUE AGRUPAN A LAS MASAS

En 1921 publica Sigmund Freud *Psicología de las masas y análisis del yo* (Massenpsychologie und Ich-Analyse), en la que describe los vínculos que agrupan a los hombres que componen una colectividad, los fenómenos psíquicos que se producen en tal situación y los niveles de la personalidad que la hacen posible. La psicología de las masas queda explicada a partir de los cambios en la psicología de la mente individual. Y es un avance en la investigación sobre la estructura del aparato psíquico, introducida en *Más allá del principio de placer* (1920) y desarrollada en *El yo y el ello* (1923).

En *El malestar de la cultura*, de 1930, es una reflexión sobre la servidumbre y la represión que impone la vida civilizada moderna, tanto a la sexualidad como a la agresividad, y, sobre las dificultades que supone el llegar a ser feliz en estas condiciones.

La *Psicología de las masas* de Freud es una crítica explícita a *La psychologie des foules* (La psicología de las masas), publicada en 1895 por el sociólogo francés Gustave Le Bon (1841-1931).

Según Le Bon, las multitudes son entidades globales unitarias, distintas de la suma de los individuos que las componen y capaces de alterar las reacciones de estos, cuando obran por separado. Hay un alma colectiva que conforma a todos en una fusión unificadora y les da un sentir, pensar y obrar nuevos. Los individuos, cuando se funden con la multitud, se sienten más fuertes e irresponsables y se vuelven extremadamente sugestionables. Al unirse, las personas pierden sus caracteres individuales y su peculiaridad, «lo heterogéneo se hunde en lo homogéneo». El Yo deja de existir para crear un Nosotros. El hombre deja de lado sus responsabilidades ya que los sentimientos le unen a una masa que se expresa de forma anónima.

Le Bon cree que la masa es impulsiva, voluble y excitable. Ya que aparece un sentimiento de omnipotencia y el ciudadano ya no ve nada imposible. La masa pide ilusiones, lo irreal predomina ante lo real. En la masa predomina una falsa ilusión sobre lo real.

Le Bon se refiere a dos tipos de masas: las efímeras y estables. Las masas efímeras son las que se acumulan por la reunión de grupos de diversos tipos con miras a un tipo de interés pasajero. Mientras que las masas estables son cuando los seres humanos consagran su vida para encarnarse en las instituciones de la sociedad.

Freud no admite la tesis de Le Bon. Para Freud la unidad del grupo se debe a la *identificación* de los individuos que lo integran con la figura del jefe. Los individuos de la masa tienen una amplia comunidad afectiva por esta convergencia de todos hacia el jefe. La identificación se verifica cambiando el ideal del Yo de cada uno por el ideal de la masa, encarnado en su jefe. Si el jefe expresa las cualidades típicas de todos, y las potencia con su poder y prestigio, la identificación es tan completa que se puede hablar de entusiasmo y sugestión.

Freud sostiene que el individuo al entrar en el grupo queda subordinado a condiciones que le permiten echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes. Desaparecerá la conciencia moral del ser humano, tanto para lo bueno como para lo malo. Un ser humano quiere pasar a un grupo colectivo ya que se siente en muchas ocasiones solo y para salir de la soledad busca ser aceptado de cualquier manera posible. A veces para los seres humanos la separación entre su Yo y su ideal del Yo es muy débil.

Para Freud la Iglesia y el Ejército son ejemplo de lo que él llama “masas artificiales”, ya que sobre ellas actúa una coerción exterior que las preserva de la disolución y las mantiene sin modificaciones de estructura. En ambas, reina la misma ilusión: la presencia de un jefe, visible o invisible, que ama a todos sus miembros (Cristo en la Iglesia o los grandes capitanes del Ejército). La relación de los individuos con el jefe da la verdadera singularidad al grupo y produce intolerancia para los que se desvían del grupo (herejes) y represión violenta contra los que desintegran el grupo (desertores, prófugos).

Freud rechaza la hipótesis del instinto gregario como explicación del fenómeno de masa. Frente a la calificación del hombre como “animal

gregario”, Freud propone que se le llame “animal de horda”, porque siempre se une a una colectividad presidida por un jefe.

«En los albores de la historia humana, fue el padre de la horda primitiva, el *superhombre*, cuyo advenimiento esperaba Nietzsche en un lejano futuro.»

Así, la psicología colectiva sería la psicología humana más antigua. Fueron los poetas los que inventaron el mito heroico, ensalzando a quien había dado muerte al padre y se había puesto en su lugar. Ahora los componentes de la horda tenían un nuevo ideal del Yo.

Para Freud, la masa está unida por los lazos libidinales que la atraviesan.

SOBREMÍ MATERNO (*OBERICH*) Y SUPERYÓ PATERNO (*ÜBERICH*)

En su artículo “Gedanken zum frühen Über-Ich” (*Psyche. Zeitschrift für Psychoanalyse und ihre Anwendungen*. Stuttgart: Ernst Klett Verlag, Juni 1974, 508-529), el psicoanalista francés de origen húngaro Béla Grunberger (1903-2005) contrasta el Superyó edipal paterno (*Überich*) con el temprano Superyó materno que él llama el *Oberich* que se podría traducir por el *Sobremí*.

La madre, que representa el ambiente desagradable posnatal y fuerza la disciplina más temprana, representa el modelo de un Superyó cuyos rasgos sádicos anales no han sido aún suavizados por los componentes narcisistas del Ideal del yo posterior. Grunberger esboza el proceso descrito por Freud como formación de masas como una regresión del Superyó (edípico) al Superyó primitivo (*Sobremí*).

El Superyó es una instancia internalizada, heredera del complejo de Edipo, que representa la “conciencia” que regula la vida moral del individuo. Tras la resolución del conflicto de Edipo, se va formando el Superyó, una instancia que abre el camino a la socialización del individuo. Pero esta instancia manifiesta rasgos más tempranos que Freud ya ve en la “censura” en la interpretación de los sueños o en los “precursores del Superyó” y que otros autores denominan “componentes nucleares del Superyó”. Melanie Klein también habla de la incorporación de objetos parciales que forman la base de la instancia del Superyó. Así habría una serie de formas transitorias del Superyó que van desde “la moral de los esfínteres” de Ferenczi al imperativo categórico de Kant, el concepto filosófico que expresa el aspecto trascendental de esta instancia psíquica. Grunberger se centra solo en una variante del Superyó, el Superyó temprano, que denomina el “Sobremí” (*Oberich*) que contrapone al Superyó edipal en sentido freudiano.

El Sobremí como fenómeno colectivo

El Superyó como instancia moral tiene un eminente componente social, pero la relevancia social del Sobremí es aún mayor, por paradójico que parezca. El Superyó temprano o Sobremí juega un papel fundamental en la vida religiosa, política, moral y social del individuo y es empleado por las ideologías basadas en el Superyó. El Sobremí está en la base del sometimiento colectivo, así como de sus seguidores. El Superyó, como

instancia moral, puede mostrar rasgos de una dinámica irracional, desproporcionados y hasta paradójicos, que son debidos a que en el Superyó moral pueden intervenir también rasgos del Sobremí o Superyó temprano.

Es importante aspecto general del Superyó ya lo apuntaba Freud, en su *Malestar en la cultura*, al señalar que los rasgos del Superyó son más perceptibles en la constitución y funcionamientos de las masas que en las del individuo aislado, pero el Superyó o Überich al que Freud se refiere aquí es más bien el Superyó temprano, al que Grunberger llama Sobremí u Oberich:

«Otro punto de concordancia es que el superyó de la cultura, en un todo como el del individuo, plantea severas exigencias ideales cuyo incumplimiento es castigado mediante una «angustia de la conciencia moral». Más aún: se produce aquí el hecho asombroso de que los procesos anímicos correspondientes nos resultan más familiares y accesibles a la conciencia vistos del lado de la masa que del lado del individuo. En este último, sólo las agresiones del superyó en caso de tensión se vuelven audibles como reproches, mientras que las exigencias mismas a menudo permanecen inconscientes en el trasfondo. Si se las lleva al conocimiento consciente, se demuestra que coinciden con los preceptos del superyó de la cultura respectiva. En este punto los dos procesos, el del desarrollo cultural de la multitud y el propio del individuo, suelen ir conglutinados, por así decir. Por eso numerosas exteriorizaciones y propiedades del superyó pueden ser reconocidas con mayor facilidad en su expresión colectiva que en el individuo aislado.» [Sigmund Freud: *El malestar en la cultura* (1930)]

El Superyó, en su forma más temprana de Sobremí, es fundamentalmente un fenómeno colectivo. Pensemos, por ejemplo, en expresiones como “¿qué dirá la gente” (el qué dirán: la opinión pública reflejada en murmuraciones que cohíben los actos). El Sobremí es un componente significativo de lo colectivo y, por otra parte, su origen está en la psique del individuo y en su vida pulsional inconsciente.

Fase narcisista-oral – La cenestesia

Cenestesia (del francés cénesthésie, y este del griego κοινός koinós 'común', αἴσθησις aísthēsis 'sensación'): Conjunto de sensaciones que percibimos en nuestros órganos internos y que proporcionan un conocimiento más o menos consciente del estado general y funcionamiento del propio cuerpo.

En el paso del estado fetal al postnatal, el niño cambia un estado de absoluta autonomía por una vida en absoluta dependencia. Grunberger ve en este cambio una “narzisstische Ur-Kränkung”, la primera herida narcisista. El recién nacido comienza ahora una existencia dominada por las pulsiones y los conflictos a los que se tiene que enfrentar con un aparato psíquico que hasta ahora no había estado en función, ya que su metabolismo estaba integrado al de la madre y regulado por ella. Según Grunberger, en la vida prenatal ya hay pulsiones y agresividad. Estas pulsiones prenatales

funcionan aún sin conflictos, lo que da lugar a un estado de cenestesia en el feto o embrión. Esta cenestesia forma la matriz del narcisismo posterior.

El niño nace muy inmaduro, indefenso y necesitado de tutela (nidícola extremo), pero como feto no es inmaduro. En el proceso de su hominización, las pulsiones conservan sus rasgos prenatales. El recién nacido, gracias a la protección de la persona tutelar (la madre), vive por algún tiempo con una sensación de completo bienestar equiparable al estado prenatal. Pero esta fase narcisista-oral no dura mucho tiempo, ya que pronto comienzan los conflictos originados por elementos del Superyó temprano.

En 1914, Freud introdujo el concepto de "Yo ideal" que preconizaba ya el del Superyó. En 1923, Freud introduce el concepto de Superyó y lo pone en relación con el Yo ideal. Pero los continuadores de Freud diferenciaron el Superyó del Yo ideal, pues el Yo ideal es de origen narcisista, mientras que el Superyó tiene un carácter edipal. Habría que distinguir, según Grunberger, dos líneas en el proceso de desarrollo: a) narcisismo > Yo ideal > herida narcisista y pudor; b) la línea pulsional: pulsión > Superyó > miedo a la castración > sentimiento de culpabilidad.

Fase anal-sadista – fase pasiva

Esta fase debe fecharse desde el momento en que aparece el conflicto por primera vez, es decir, cuando el niño pequeño ya no puede compensar las frustraciones con la realización alucinatoria del deseo. El niño achaca a su madre, como primer objeto relacional, las frustraciones que sufre. Como dice Freud: "el primer objeto (relacional) con el odio". Este odio tiene repercusiones intestinales y anales. En esta fase anal, el niño alterna periodos de regresión narcisista con tensiones conflictivas. Cualquier trastorno de la sensación de bienestar narcisista puede provocar la agresividad del niño. Expulsado del paraíso prenatal, el niño ve en la madre la causa de su régimen de vida postnatal.

«Uno se puede imaginar que el dolor principal del niño es el haber sido desterrado de su estado original prenatal de felicidad, en el que reinaba un sistema nutricional invisible, pero permanente, autónomo y de funcionamiento automático, que ahora, en la vida postnatal, se ve perturbado por la aparición del pecho de la madre (la manzana de la historia de la creación).» [Béla Grunberger]

Toda interrupción de la quietud narcisista es vivida por el niño de forma traumática, originando un cúmulo de tensiones agresivas. Todo trastorno es vivido como una amenaza de aniquilación.

Este niño que llora, atrapado en una relación dominada por la violencia, se siente impotente ante la figura gigantesca de la madre –tan aterradora porque es la portadora de la agresividad proyectada del niño–, una figura que le impone su voluntad sin la menor posibilidad de resistencia. Al obedecerla, el niño asimila precisamente este poder absoluto y de esta manera se convierte en dueño de la omnipotencia de la madre. Al someterse a la madre-superyó, ya no tiene que temer su propia agresividad en forma

de una represalia. El objeto aterrador se vuelve digno de confianza. Así se forma este superyó materno, anal, pasivo.

Fase anal-sadista – Fase activa

La fase anal activa rompe con la dependencia total que el niño tiene de la madre. El niño controla ahora sus esfínteres y puede ofrecer resistencia a su madre. Además, ahora puede usar la táctica de identificarse con su padre, basada también la fantasía inconsciente de la introyección del falo paterno, una fantasía característica de la fase anal-sadista de la que es un elemento esencial.

Si la madre apoya al niño tanto en su pasividad como en su actividad, permitiéndole vivir estas fases de su desarrollo sin trastorno, el niño llegará a consolidar su dominio anal y, apoyado en la identificación con el padre, enfrentarse a la fase fálica narcisista que, una vez integrada en su personalidad, le llevará a la formación del Superyó definitivo, heredero de la superación del complejo de Edipo. Si este proceso se tuerce o no transcurre de forma natural, puede originar trastornos, que pueden culminar en una personalidad narcisista.

Obediencia ciega – “Kadavergehörsam”

La obediencia ciega se dice en alemán “Kadavergehörsam”. Según la prescripción de las reglas de la Compañía de Jesús (Societas Jesu), fundada por Ignacio de Loyola, los miembros de la orden han de dejarse guiar por Dios y sus superiores de forma ciega: “perinde ac si cadaver essent”, “como si fueran un cadáver” (como se dice coloquialmente: “soportar todo lo que les echan”). Significado despectivo: obediencia ciega.

Béla Grunberger, en su artículo “Der Antisemit und der Ödipuskomplex” (*Psyche* 16, 1962, 255-272) ilustra la diferencia entre el Superyó moral y el Sobremí temprano con la actitud del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann durante su juicio en Israel.

«Cuando Eichmann escuchó la enumeración de los monstruosos crímenes que se le imputaban, no pestañeó; obviamente para él se trataba de palabras vacías sin contenido real. Pero cuando el presidente del Tribunal le recordó que tenía que levantarse cuando él le dirigiera la palabra, prorrumpió en excusas, comenzó a tartamudear y se sonrojó de vergüenza. Esta vez se sintió culpable por haber violado lo que se le había inculcado en la fase anal: “Debes respetar a tus superiores”, un resto del aprendizaje del control de los esfínteres.» [Béla Grunberger]

En el proceso al que fue sometido en Jerusalén, Eichmann alegó en su defensa que todas sus acciones respondían a la obediencia debida a sus superiores y que estos se aprovecharon de esta circunstancia. El jurado lo declaró culpable de genocidio. Sus últimas palabras fueron:

«Larga vida a Alemania. Larga vida a Austria. Larga vida a Argentina. Estos son los países con los que más me identifico y nunca los voy a olvidar. Tuve que obedecer las reglas de la guerra y las de mi bandera. Estoy listo.»

En el juicio, Eichmann dejó algunos testimonios del porqué de su participación en el Holocausto:

«No perseguí a los judíos con avidez ni placer. Fue el Gobierno quien lo hizo. La persecución, por otra parte, solo podía decidirla un Gobierno, pero en ningún caso yo. Acuso a los gobernantes de haber abusado de mi obediencia. En aquella época era exigida la obediencia, tal como lo fue más tarde la de los subalternos.»

La filósofa Hannah Arendt hizo un ya clásico estudio del personaje y sus obras a raíz del juicio, titulado *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. En él defiende que el hombre que pasaba por ser el mayor asesino de Europa no era ningún "genio del mal". Defiende que lo preocupante de la existencia del mal entre nosotros es que cualquier hombre, en determinadas circunstancias, puede reaccionar como Eichmann y realizar actos tremendamente malvados e inhumanos porque cree que es «su obligación» o «su trabajo». Señaló, además, que las acciones de Eichmann bien pudieron haber sido fruto de la subordinación de la cual es víctima un individuo dentro de un régimen totalitario.

Otro ejemplo que aduce Béla Grunberger es una escena de la película *La mano en la trampa* (1961) del director argentino Leopoldo Torre Nilsson, en la que un sádico tiene una relación sexual con su sobrina, una relación que lleva a la chica a la locura. Torre Nilsson demuestra el sadismo del protagonista describiendo detalladamente cómo este se desviste antes de consular el acto sexual con la sobrina:

«Dobla lenta y metódicamente cada prenda de vestir, busca un lugar especialmente adecuado para guardar su reloj, sus anillos y sus gemelos, "cada cosa en su lugar". Se ve inmediatamente la ingeniosa intención del director: "¡Mientras sigas todas las instrucciones de la educación materna, nadie puede culparte de nada!" Así lo traumatizante que este acto sexual pueda resultar para la sobrina queda totalmente ignorado.»

La sumisión al grupo – La fascinación del poder

Sin la integración de la fase edipal no se puede formar un Superyó completo. Si el niño no supera los conflictos que provienen de los componentes pulsionales activos en la fase anal, no le queda más remedio que volver a la forma temprana del Superyó, al Sobremí que ha conocido en una fase temprana. El camino a la configuración de un Superyó moral le queda obstruido por los componentes pulsionales agresivos, necesarios para la formación del Superyó, y que han permanecido encapsulados en su forma primitiva.

El Superyó moral no tiene solamente un carácter prohibitivo, sino que funciona también como una instancia de apoyo. El amor y la aceptación por parte del Superyó protege de los sentimientos de culpabilidad edipales y propicia en el individuo un sentimiento narcisista de perfección, cosa que no transmite el Sobremí, cuyo contenido no juega ningún papel y puede ser

cualquiera, incluso el mismo Superyó moral. El Sobremí lo único que exige es una obediencia absoluta: obedecer o exigir obediencia.

El sometimiento al Sobremí tiene que ser absoluto y formal, como lo ha sido hacia la madre. Cuando un creyente católico se confiesa, comienza su confesión declarándose culpable: "Pater peccavi", con ello declara ya su sometimiento, identificándose al mismo tiempo con el Superyó moral al autoinculparse. Al niño no le queda más remedio que obedecer a la madre y la única alternativa que le queda es la de identificarse con ella, participando así de su poder omnímodo y absoluto. El despotismo y la tiranía siempre ha ejercido una fascinación sobre las masas. El dominio no necesita apoyarse en un poder real, este puede estar representado por el poder ideal de una idea o de una ideología que ofrezca un valor narcisista. Esto es lo que fascina a los caracteres lábiles que aceptan el sometimiento absoluto al poder porque se siente por él protegidos.

«Cuando los individuos se unen bajo la protección de una "madre" que ejerce la tutela, quedan sometidos a la obediencia ciega. Así en las instituciones como el Ejército o la Iglesia, aunque yo propendo a ver, en general, en cualquier "jefe" a una "madre prototípica" (Ur-Mutter).» [Béla Grunberger]

La obediencia absoluta es la regla de todos los grupos ideológicos que buscan el poder imponiendo una doctrina. El Sobremí exige obediencia ciega. Todo lo ciego exige obediencia absoluta y recuerda la primera relación del niño con la madre. Lo inexplicable, inextricable y misterioso ejerce un gran poder y fascinación porque retrotrae al individuo a la fase de dependencia absoluta de la madre y la identificación con ella. El niño obedece ciegamente sin comprender las intenciones de la madre, pero siente que es importante obedecer y así participar en la omnipotencia materna; no porque entienda el sentido de lo que la madre ordena, sino precisamente porque no lo entiende: "Yo soy tu madre y lo que hago lo hago por tu bien".

«Tenemos en Francia un movimiento que se denomina "psicoanalítico" y exclusivamente "freudiano". Debe su innegable éxito al estilo incomprensible de su fundador [Jacques Lacan]. Tanto en el arte y en la literatura como en el psicoanálisis, tiene éxito lo incomprensible, pues la madre prototípica, igual que la esfinge, es venerada por el misterio que la rodea. Lo que cuenta no es el contenido, sino la pertenencia al grupo en torno a esa omnipotente madre que permite a sus hijos participar del "maná". El lenguaje sibilino [que es misterioso porque parece que encierra un secreto importante o que puede tener varios significados ocultos] fascina por su sentido oculto propicia una regresión narcisista: "todo es posible". Su sentido es tan oculto como los motivos del comportamiento de la madre.» [Béla Grunberger]

Lo mismo, continúa Grunberger, se puede decir de la moda. "Modernidad" quiere decir "así hay que ser hoy", "hay que ir a la moda" para no quedar "anticuado" ("unmodern", se dice en alemán). El origen de todo lo que tiene que ver con la moda es también oscuro: nadie conoce los poderes que la imponen, lo mismo que para el niño las intenciones de la madre son

impenetrables. Se podría añadir que en las religiones monoteístas también se apela a esa aceptación de lo incomprensible, porque "los caminos del Señor son inescrutables" y "Dios escribe con trazos torcidos".

Como escribe Alexander Mitscherlich en su *Hacia una sociedad sin padre* (1963): «La actitud de exigencia pasiva hacia el Estado permite adivinar una relación más profunda de dependencia: el individuo se apega a él como a una diosa madre con innumerables pechos. El líder de masas prometedor y terrorista no reemplaza, en realidad, al padre actual; por sorprendente que parezca, corresponde más a la imagen de una diosa madre primitiva.»

«Al contrario de lo que se suele decir, las masas tienden a adherirse a la "magna mater" más que a una figura paterna. El cristianismo ha relegado al padre a la categoría de un personaje menor al entronizar al niño, pero en los brazos de su madre, a quien van dirigidas los ruegos y las súplicas. El padre es un poder, que primero es glorificado por el hijo, pero luego aparece en su forma real; a través de él, el niño accede a la realidad. Esa es su función (además de su papel en la proyección y sublimación narcisista). Cuando se destaca demasiado la figura paterna, esta adquiere cierta ambigüedad: siempre tiene rasgos maternos o, por el contrario, es una mujer con rasgos paternos. Las democracias están gobernadas por personas del formato habitual de la realidad cotidiana y cuando un pueblo demanda héroes o personalidades extraordinarias, es un signo de regresión [retroceso a estados psicológicos o formas de conducta propios de etapas anteriores, a causa de tensiones o conflictos no resueltos].» [Béla Grunberger]

Diferencia entre el Sobremí (*Oberich*) y el Superyó (*Überich*)

El Sobremí (*Oberich*) tiene su base en el poder real o fantaseado, y se diferencia de Superyó en que el Sobremí es más superficial y, al mismo tiempo, cala más hondo: es superficial porque el yo con su carga de energía narcisista aún no juega un papel esencial en el psiquismo; y de más hondo calado porque afecta a un Yo energético, primitivo y poco diferenciado del ello, lo que explica su poder específico.

El Sobremí materno es un Sobreyó primitivo, cuyo origen reside en aprendizaje impuesto por la madre al niño, mientras que el Superyó paterno es una instancia moral transmitida por la "educación" y portadora de la tradición. El Superyó del niño no se forma siguiendo el modelo de sus padres, sino que es el Superyó de sus padres, transmitido de generación en generación.

En la práctica se trata de una mezcla de ambos. El Superyó paterno contiene todavía elementos arcaicos del Superyó temprano (*Sobremí*), pero su influencia en la formación de la instancia postedipal, el Superyó, es secundaria.

El primitivo Sobremí materno contiene un aspecto que lo contrapone al Sobreyó paterno en una posición dialéctica: la tensión entre el dictado del Sobremí colectivo o la voz de la conciencia personal. El Sobremí colectivo puede hacer que su tendencia regresiva convierta el Superyó en un Sobremí.

Así en tiempos de profunda regresión puede surgir un Sobreyó contrario a Sobreyó moral ("transmutación de los valores").

El Sobremí es el resultado de una doble identificación con la madre: una identificación con los afectos sádicos proyectados sobre la madre, y la introyección de estos mismos afectos, por un lado; por otro, la identificación con el contenido del aprendizaje impuesto por la madre, el Sobremí se puede emplear para combatir el Sobreyó paterno y todo su mundo para evitar el conflicto edipal.

El Sobremí funciona en relación con un objeto bien definido (la madre, la ley escrita, los textos, el reglamento, los dogmas y conceptos, siempre en el marco de un cierto "sistema" ("Yo no tengo conciencia; la voz de mi conciencia es Adolf Hitler" –Hermann Göring). No se trata de una instancia superior válida fuera de las coordenadas de tiempo y espacio, sino de una generalización hecha desde el presente para el futuro; el pasado queda eliminado.

El Sobremí es sádico e implacable, exige siempre lo absoluto, mientras que el Superyó edipal, gracias a su relación con el Yo, es rico en experiencias, desarrolla sentido de la realidad y es, por tanto, más elástico. El Sobremí tiene solo funciones actuales, pero aspira a lo absoluto. El Sobreyó, por el contrario, es en sí absoluto, pero en el sentido de una cierta relatividad.

El Sobremí es siempre superficial a pesar de la vehemencia con la que se manifiesta, mientras que el Superyó tiende siempre a integrarse totalmente en la personalidad.

El Sobremí no abarca toda la personalidad, sino la parte del Yo que fue sometida, en las primeras etapas del desarrollo, a un aprendizaje forzado. Conoce solo una realidad aparente y los afectos subjetivos, pero no la realidad objetiva y el orden lógico.

Detrás del Superyó edipal reluce una imago paterna con gran carga narcisista, por la que se está dispuesto a dar la vida. El Sobremí, por el contrario, impulsa al asesinato del otro por motivos proyectivos, o al suicidio como autocastigo.

El Superyó es un apoyo *interior* y, al mismo tiempo, consume la perfección narcisista. Su desarrollo coincide con la meta de la vida: el logro de un ideal moral actúa de hecho como una fuente de satisfacción narcisista. Así encontramos en el interior del Superyó el Yo ideal narcisista (no olvidemos que, originariamente, el narcisismo es un adversario de los afectos sádicos). Por el contrario, el Sobremí solo carga libidinalmente los afectos sádicos.

«El Superyó maduro tiene doble origen: el componente narcisista y el pulsional. Pero sus rasgos esenciales proceden de la dimensión narcisista y son de origen prenatal. El Superyó edipal es autónomo y, al mismo tiempo, eterno, porque no conoce el tiempo. Es ubicuo y tiene validez universal, es descendiente directo del conjunto de sensaciones que transmiten los órganos internos, es decir, de la cenestesia fetal que no conoce límites, pues para el feto su mundo es el mundo sin más. En este sentido, los valores

pueden considerarse como una expresión de esta cenestesia primitiva, primordial, como la realización más alta de la perfección y el sentimiento de lo sublime (élation). Esta cenestesia primaria aparece más tarde en una dimensión abstracta en forma de estética y ética, el mundo de lo bello y lo bueno. Dado que el feto no conoce el tiempo ni el espacio, es infinito, omnipotente y omnisciente; y al enriquecer y equipar al superyó con estas propiedades, nos proporciona, al mismo tiempo, una realidad psíquica que generalmente se transforma en un concepto de Dios en el marco de la religión.» [Béla Grunberger]

Dice Jacques Lacan que el superyó tiene una estrecha relación con la ley, pero que esta relación es paradójica. Por un lado, la ley como tal es una estructura simbólica que regula la subjetividad, y en este sentido impide la desintegración. Por otra parte, la ley del superyó tiene un carácter "insensato, ciego, de pura imperatividad y simple tiranía". De modo que "el superyó es a la vez y al mismo tiempo la ley y su destrucción". El superyó surge de una mala comprensión de la ley, de las brechas en la cadena simbólica, y llena estas brechas con un sustituto imaginario que distorsiona la ley. Lacan hace observaciones casi idénticas sobre la censura: "la censura está siempre relacionada con lo que, en el discurso, se vincula a la ley en cuanto ésta no es entendida".

Casuística

En 1989, Volker Elis Pilgrim (1942-) publicó un libro que fue un éxito de ventas en Alemania: *Muttersöhne*. Düsseldorf: Claassen Verlag, 1986, al que siguió, en 1993, *Vatersöhne*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt, 1993.

La idea central de Pilgrim es que los "grandes hombres" de la historia eran todos "hijos de madre": hombres cuyo padre estuvo ausente en la infancia o era débil en comparación con la madre. Según Pilgrim también los asesinos y los criminales violentos son todos "hijos de madre". Se trata de hombre que no han llegado a integrar la figura paterna en su personalidad, por lo que carecen de modelos adecuados de "masculinidad". Pilgrim pone como ejemplos a Napoleón Bonaparte, Otto von Bismarck, Adolf Hitler, Jesús, Alejandro Magno, Stalin, el Papa Pablo II y Ronald Reagan. Entre muchos otros, también se podría añadir a esta lista al viejo David Rockefeller, a muchos presidentes de Estados Unidos, a Osama Bin Laden y también al asesino noruego Anders B. Breivik como "hijos de madre". Estos hombres se destacarían por haber tenido un padre que no cumplía con las expectativas que su mujer tenía de él como hombre.
